

11976

Nov 24/69

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA CÁMARA

EL TEATRO

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL BECERRO DE ORO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1869.

L47 - 5790

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...

Amor de antesala.

Abelardo y Eloísa.

Abnegacion y nobleza.

Angela.

Afectos de odio y amor.

Arcanos del alma.

Amar despues de la muerte.

Al mejor azador...

Achaque quieren las cosas.

Amor es sueño.

A caza de cuervos.

A caza de herencias.

Amor, poder y pelucas.

Amar por senas.

A falta de pan...

Articulo por articulo.

Aventuras imperiales.

Achaques matrimoniales.

Andarse por las ramas.

A pan y agua.

Al Africa.

Bonito viaje.

Boadicea, *drama heróico.*

Batalla de reinas.

Berta la flamenca.

Barómetro conyugal.

Bienes mal adquiridos.

Bien vengas mal si vienes solo.

Bondades y desventuras.

Corregir al que yerra.

Cañizares y Guevara.

Cosas suyas.

Calamidades.

Como dos gotas de agua.

Cuatro agravios y ninguno.

Como se empena un marido!

Con razon y sin razon.

Como se rompen palabras.

Conspirar con buena suerte.

Chismes, parientes y amigos.

Con el diablo á cuchilladas.

Costumbres politicas.

Contrastes.

Catilina.

Cárlos IX y los Hugonotes.

Carnioli.

Candidito.

Caprichos del corazon.

Con canas y polleando.

Culpa y castigo.

Crisis matrimonial.

Cristóbal Colon.

Corregir al que yerra.

Clementina.

Con la música á otra parte.

Ura y cruz.

Dos sobrinos contra un tío.

D. Primo Segundo y Quinto.

Dudas de la conciencia.

Don Sancho el Bravo.

Dou Bernardo de Cabrera.

Dos artistas.

Diana de San Roman.

D. Tomás.

De aduces es la fortuna.

Dos hijos sin padre.

Donde meaos se piensa...

D. José, Pepe y Pepito.

Dos mirlos blancos.

Dudas de la honr

De la mano á la boca.

Doble emboscada.

El amor y la moda.

Esta loca!

En mangas de camisa.

El que no cae... resbala.

El niño perdido.

El querer y el rascar...

El hombre negro.

El fin de la novela.

El filantropo.

El hijo de tres padres.

El último vals de Weber.

El hongo y el mirinaque.

¡Es una malva!

Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.

El oncenno no estorbar.

El anillo del Rey.

El caballero feudal.

¡Es un ángel!

El 5 de agosto.

El escondido y la tapada.

El licenciado Vidriera.

¡En crisis!

El Justicia de Aragon.

El Monarca y el Judío.

El rico y el pobre.

El beso de Judas.

El ama del Rey Garcia.

El afán de tener novio.

El juicio público.

El sitio de Sebastopol.

El todo por el todo.

El gitano, ó el hijo de las Alpu-

jarras.

El que las da las toma.

El camino de presidio.

El honor y el dinero.

El payaso.

Este cuarto se alquila.

Esposa y mártir.

El pan de cada día.

El mestizo.

El diablo en Amberes.

El ciego.

El protegido de las nubes

El marqués y el marquésito.

El reloj de San Plácido.

El bello ideal.

El castigo de una falta.

El estandarte español en las cos-

tas africanas.

El conde de Montecristo.

Elena, ó hermana y rival.

Esperanza.

El grito de la conciencia.

¡El autor! ¡El autor!

El enemigo en casa.

El último pichón.

El literato por fuerza.

El alma en un hilo.

El alcalde de Pedroñeras.

Egoismo y honradez.

El honor de la familia.

El hijo del ahoreado.

El dinero.

El iorohado.

El Diablo.

El Arte de ser feliz.

El que no la corre antes...

El loco por fuerza.

El soplo del diablo.

El pastelero de Paris.

Furor parlamentario.

Faltas juveniles.

Francisco Pizarro.

Fé en Dios.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e

ahijado de todo el mundo

Genio y figura.

Historia china.

Hacer cuenta sin la huéspola.

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.

Indicios vehementes.

Isabel de Medicis.

Ilusiones de la vida.

Imperfecciones.

Intrigas de tocador.

Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.

Juan Sin Tierra.

Juan sin Pena.

Jorge el artesano.

Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinchon.

Lo mejor de los dados.

Los dos sargentos españoles.

Los dos inseparables.

La pesadilla de un casero.

La hija del rey Rene.

Los extremos.

Los dedos huespedes.

Los éxtasis.

La posdata de una carta.

La mosquita muerta.

La hidrofobia.

La cuenta del zapatero.

Los quid pro quos.

La Torre de Londres.

Los amantes de Teruel.

La verdad en el espejo.

La banda de la Condesa.

La esposa de Sancho el Bravo.

La boda de Quevedo.

La Creacion y el Diluvio.

La gloria del arte.

La Gitanilla de Madrid

La Madre de San Fernando.

Las flores de Don Juan.

Las apariencias.

Las guerras civiles.

Lecciones de amor.

Los maridos.

La lápida mortuoria.

La bolsa y el bolsillo.

La libertad de Florencia.

La Archiduquesita.

La escuela de los amigos.

La escuela de los perdidos.

La escala del poder.

Las cuatro estaciones.

La Providencia.

Los tres banqueros.

Las huérfanas de la Caridad.

La niña Iris.

La dicha en el bien ajeno.

La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.

La cruz del misterio.

Los pobres de Madrid.

La planta exótica.

Las mujeres.

La union en Africa.

Las dos Reinas.

La piedra filosofal.

La corona de Castilla (alegoria).

La calle de la Montera

Los pecados de los padres.

Los infieles.

Los moros del Riff.

COMIDAS TRADICIONALES
DOZ DIAS MARIANO DE JARRA

EL BECERRO DE ORO.

Don Rodríguez

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

- El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Un embuste y una boda.
Todo son raptos.
Pedro el marino.
El cuello de la camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quién á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Segunda edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los balcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Quinta edicion.)
Los lazos de la familia.
Rico... de amor.
Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquésito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Tercera edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La insula Barataria.
Punto y aparte.
En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Tercera edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

- (1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.

55-5

EL BECERRO DE ORO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada en el Teatro de Lope de Rueda, para inaugurar la
temporada, el día 29 de Octubre de 1869.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

AMALIA.....	D. ^a AMALIA GUTIERREZ.
SOLEDAD.....	D. ^a FELIPA DIAZ.
DOÑA SABINA.....	D. ^a CONCEPCION SAMPELAYO.
JUANA.....	D. ^a JOSEFA HIJOSA.
GUTIERREZ.....	D. MANUEL OSSORIO.
ENRIQUE.....	D. RICARDO MORALES.
CÁRLOS.....	D. EMILIO MARIO.
DON MÁRCOS.....	D. JOSÉ ALISEDO.
ABELARDO.....	D. JUAN BENETI.
UN ESCRIBANO.....	
CONVIDADOS.....	
CRIADOS.....	

La accion se supone en nuestros dias. El primer acto en Madrid: el segundo en una casa de campo de Aranjuez: el tercero en Segovia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS ACTORES

DE LA

COMPañÍA DEL TEATRO DE LOPE DE RUEDA.

Ustedes saben perfectamente, amigos míos, que sólo por su decisión de no llevar á cabo su proyecto de reunirse, si yo no les daba esta comedia para inaugurar sus trabajos, accedí á que la representaran. Escrita como casi todas las mías para ser interpretada por mi querido amigo, el eminente é irremplazable Julian Romea, dormía hace dos años entre mis obras pendientes, sin que yo mismo me acordara casi de ella. No era el temor de que fuese mal interpretada por ustedes, el que me hacia vacilar en confiársela, puesto que difícilmente se puede reunir para ningun teatro de primer orden, una compañía dramática en que haya mejores elementos para el perfecto desempeño de una comedia. Pero la triste época que para el arte atravesamos; el desencadenamiento de las pasiones políticas que convierten á nuestra pobre patria en un lago de sangre; el estado del público, que parece necesitar más de espectáculos atrevidos que aturdan, que de distracciones tranquilas que deleiten; y por último, el local tan poco á propósito con que únicamente contaban para llevar á cabo su proyecto, me hacian vacilar, y mucho, en concederles lo que por otra parte era un honor para mí, suplicado con tanta insistencia.

¡Doloroso es decirlo! pero á todos los males que hoy aquejan á cuantos del arte viven, ó mejor dicho, no viven en España, hay que agregar el afan especulador de los propietarios de los escasos teatros que en Madrid han quedado. El *Teatro Nacional*, construido con arroyos de oro español, sólo sirve para una

compañía extranjera; los de la *Zarzuela* y *Circo* están entregados á la exhibicion de mujeres vestidas á la ligera, y no hay en ellos obra con éxito como no se baile en ella el *Can-can*, cuando en París mismo, donde ha nacido, sólo se le tolera en los jardines públicos bajo la vigilancia de los agentes de la autoridad. Los mismos autores que hemos escrito para esos teatros (sin rebajarnos sin embargo, á fiar el éxito de nuestras obra á esas piruetas indecorosas) hemos huido de su escenario avergonzados de nuestra condescendencia. El único teatro que hoy vive para el arte, es el *Español*, que sostenido por una empresa particular de dignos actores, mal puede abrigar en su recinto á todos los demas artistas notables que hoy carecen de local donde hacerse como ellos aplaudir del público. El de *Novedades*, y el de la calle de la Magdalena, se han convertido, como si no hubiera bastantes con los verdaderos, en falsos cafés—restaurant—bailables—cantantes y dramáticos, donde gracias á los editores, y á pesar de nuestras prohibiciones, se representan sin cesar por ocho cuartos obras sin cuento, en burla de la ley de propiedad literaria, en desden del arte dramático y en triste muestra del vergonzoso estado de la herencia de Alarcon y Lope de Vega.

En este caso amigos míos ¿cómo hubiera yo podido con todas mis fuerzas no contribuir para ayudar al noble propósito que á ustedes guia al refugiarse en un local humilde, y consagrarse, reduciendo sus justas aspiraciones, á mantener con su mérito la escuela del buen gusto y del decoro patrio?

No hace muchos años que, por circunstancias especiales, mi amigo y compañero Eguilaz alcanzaba en ese mismo salon un gran triunfo con *La vida de Juan Soldado*, salvando de la ruina á otra sociedad de actores. Sólo por eso quisiera que *El Becerro de oro* no fuera una comedia tan desprovista de mérito como todas las mías, y ya que él y otros dignísimos escritores están tambien hoy á su lado, cuéntenme ustedes entre ellos para ayudarles sin cesar con mis pobres obras, para alentarles con mis desinteresados consejos, para aplaudir su triunfo si le alcanzan, ó para compartir su derrota, si la suerte no les fuera propicia.

Confiemos, sin embargo, en lo justo de nuestro deseo y en la benevolencia del público, que acostumbrado á aplaudir á ustedes tantos años, no los dejará abandonados al verlos reunidos.

Reciban ustedes las gracias anticipadas por la representación de esta comedia, y cuenten siempre con a verdadera amistad de

Luis Mariano de Larra.

Elaborados sin embargo con la idea de nuestra
- misión y en la perspectiva del futuro, que nos
- lleva a seguir a estos países que, en los días
- abandonados de estos tiempos.
- Hechos sobre las cosas antiguas por la es-
- peranza en la vida eterna, y cuando siempre con
- a voluntad de...

Los trabajos de...

ACTO PRIMERO.

Salon pequeño, amueblado con elegancia.—Armas, libros y objetos artísticos.—En el centro, una mesa grande, dispuesta para un almuerzo de siete cubiertos: profusion de botellas, flores, etc.; en los dos extremos se ven dos cubetas de plata con botellas de Champagne dentro. Sillones y divanes de terciopelo.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y ABELARDO, precedidos de un CRIADO, que se inclina al entrar aquellos por la derecha.

CARLOS. Qué, no está en casa?

CRIADO. No está,
pero que aguarden ha dicho.

ABEL. Hace mucho que salió?

CRIADO. Tres cuartos de hora. (Se dirige á la izquierda.)

ABEL. ¡Bien! (Llamándole.) Chico!

¿Para qué hora está dispuesto el almuerzo?

CRIADO. (Bajando.) El señorito mandó que á las dos en punto estuviera todo listo.

ABEL. (Mirando el reloj.)

La una y media.

CARLOS. (Sentándose.) Tú adelantas...

CRIADO. Manda usted más?—Con permiso...

(Á una seña negativa de Carlos saluda y se retira por la derecha.)

ESCENA II.

CÁRLOS, ABELARDO.

ABEL. No me disgustan por cierto todos los preparativos que anuncian lo que el banquete debe de tener de opíparo.

(Acercándose á la mesa y mirando todos los objetos que hay en ella.)

Aut-Sauterne, Moet et Chandon, Yovanisberg!... bien por los vinos!...

Oh! para estas cosas, nadie como Enrique.

CARLOS. (Con ironía.) Á no ser rico.

ABEL. Hombre! lo dices de un modo!

CARLOS. ¡Qué quieres?—Es el destino del hombre! Yo, aunque supiera hacerlo mejor, de fijo no os daba gusto!...

ABEL. ¿Por qué?

CARLOS. Porque mi pobre bolsillo, ahorrándome lo supérfluo, me escatima lo preciso.

ABEL. Tan mal estás?

CARLOS. No se puede estar peor, he perdido lo poco que me quedaba.

ABEL. Ya se ve!... no tienes tino...

CARLOS. Es la suerte! Lo que llaman los poetas el hado impío, y contra el cual no hay propósitos ni valen planes ni juicio. No hay cosa que yo proyecte que no muera en su principio, ni cálculo que yo haga

que no me salga fallido.
Primero empleé mis fondos,
por consejos de un amigo,
en mil acciones de minas,
todas de un filon magnífico!...
y ¡agur! al ver mi dinero
varió el filon de camino,
y hoy tengo allí en la bohardilla,
entre zapatos y libros,
La infalible, La opulenta,
El Creso, San Agapito,
El camino del banquero,
La luz y otras que no cito,
que no tuvieron jamás
más rico filon que el mio.
Compré papel del estado
cuando estaba á un precio altísimo,
y empezó á bajar de modo,
que si no lo vendo listo,
con él bajo á los infiernos
el año sesenta y cinco.
Labré despues una casa,
y el dia dichoso mismo
que á asegurarla de incendios
me encaminé decidido,
el mancebo de una tienda
encendió en la cueva un mixto,
y exceptuando los balcones,
toda se redujo á cisco.
Quedé arruinado, y es tal
mi suerte y mi hado propicio,
que si mañana á pedir
limosna estoy reducido,
ó el hospital se desploma
ó se suprime el hospicio.
Tú exageras...

ABEL.

CARLOS.

No exajero.

Soy filósofo, y he visto
que no hay que cansar al cielo;
que no nací para rico.

ABEL.

CARLOS.

Y qué piensas hacer?

Yo?

hincar el hombro, hijo mío.
«Con el sudor de tu frente
ganarás el pan,» Dios dijo;
pues á sudar!

ABEL. El trabajo

da muy poco...

CARLOS. Convenido...

pero yo no sé hacer más!
Yo no juego, no conspiro,
no sé hacer moneda falsa,
y no soy hombre político...
Conque...

ABEL. Búscate un empleo...

CARLOS. Yo!... crisis para el ministro!...

ABEL. (Sonriendo.)

Pobre Cárlos! yo quisiera
poder...

CARLOS. No me prestes, hijo!...
porque ó me muero esta noche...

ó te rompes el bautismo!

ABEL. Dí: ¿sabes de qué se trata
aquí hoy?

CARLOS. No; he recibido
una invitacion extraña...

ABEL. Lo mismo que yo, y no atino
qué diablos quiere decir...
¿Viste á Enrique?

CARLOS. No le he visto
hace tres días...

ABEL. ¿Y sabes

cuántos somos?...

CARLOS. Phs! los mismos
de siempre!

ABEL. Estoy deseando
saber cuál es el motivo
de este almuerzo...

CARLOS. Poco falta
para saberlo...

ABEL. Oigo ruido...

(Sale D. Márcos con el Criado, que recoge su sombrero y abrigo y se retira.)

ESCENA III.

CÁRLOS, ABELARDO, D. MÁRCOS.

- ABEL. Don Márcos... (Dándole la mano.)
MARCOS. Ya por aquí!...
¿y el Anfitrión?
ABEL. No está en casa.
MARCOS. Le pasa algo?
ABEL. Si le pasa
me lo ha llamado...
CARLOS. Y á mí!
MARCOS. (Viéndole y acercándose á saludarle.)
Hola!... Carlitos!
CARLOS. (Sin levantarse.) ¡Adios!
MARCOS. Qué hace usted ahí meditabundo?
CARLOS. Temiendo que caiga el mundo
y nos aplaste á los dos!
MARCOS. Hombre!... (Retrocediendo.)
ABEL. Está de un humor fiero!...
MARCOS. Sí que le encuentro aburrido!...
CARLOS. Yo no sé estar divertido
cuando no tengo dinero!
MARCOS. Á todos nos pasa igual.
ABEL. Es la enfermedad más grave!...
CARLOS. ¿Por qué el dinero es la clave
del placer universal?
(Con seriedad cómica.)
Él los negocios enreda;
él ha engendrado los vicios!
¡Malditos sean los fenicios
que inventaron la moneda!
MARCOS. Suya es la culpa en efecto,
mas no entiendo la homilia...
Usted tiene...
CARLOS. No; *tenial*!...
es pretérito imperfecto!...
MARCOS. Ah!... perdió usted su fortuna...
CARLOS. Sí!
MARCOS. Diablo!... tal vez recobre
usted...

- CARLOS. No; para ser pobre
no me hace falta ninguna!
- MARCOS. Aun es suyo el mundo entero...
- CARLOS. (Levantándose.)
Mio?... Le voy á empeñar...
- MARCOS. Digo que aun puede aspirar
á todo, siendo soltero!
- ABEL. Pues yo creo que casado
por fuerza trabajaria
mucho más y llegaria...
- MARCOS. Á morir desesperado.
La fortuna nunca es negra
para el hombre libre y solo;
vuela de un polo á otro polo
sin mujer, hijos ni suegra!
No hay dinero?... ¡qué demonio!
la suerte siempre es mudable!
No hay más que un mal incurable
en el mundo; el matrimonio!
- ABEL. Ya empieza usted con su eterna
manía...
- MARCOS. No he de empezar?...
- CARLOS. Mas la familia, el hogar
doméstico...
- MARCOS. Es cosa tierna!...
¡La mujer, bello embolismo
de dulzuras y de amores!
¡Muchas flores! muchas flores!
debajo de ellas ¡qué abismo!
- CARLOS. Pues yo lo entiendo al revés!
- MARCOS. Jóven mal aconsejado!...
- CARLOS. ¿Pero no fué usted casado?
- MARCOS. Pues por eso sé lo que es!
- CARLOS. ¿Y cómo usted se casó
siendo la mujer así?...
- MARCOS. ¡Cómo serán ¡ay de mí!
cuando hasta he caido yo!
- CARLOS. Tan mal le fué?
- MARCOS. ¿Qué es tan mal?
No hay otra cosa como ella.
Mi mujer era muy bella,
precedente muy fatal...

Jóven, con buena fortuna,
con buena cara y buen talle,
cuando ella iba por la calle
no era más linda ninguna.
Y bien, yo feo, yo amante,
yo complaciente y cumplido,
pegajoso... en fin, marido,
y marido militante...
ella alegre... yo al revés...
se fué cansando y cansando...
Vayan ustedes sacando
la consecuencia despues.

ABEL. Conque... (Riéndose.)

MARCOS. Sí!

CARLOS. (Riéndose.) Y al fin... (¡Pobre hombre!)

MARCOS. Ella me decia á gritos:
«no me incomodes, Marquitos,»
ya ven ustedes qué nombre!

CARLOS. Mi nombre no es de ese agüero,
y si mi pobreza impía...

MARCOS. Si ha de ir á la Vicaría,
suicídese usted primero!

ABEL. Pero hombre!

MARCOS. No eche en olvido
mi consejo: es bueno y santo!

CARLOS. Lo creo; pero entre tanto...

ENR. (Entrando por la derecha con tres convidados.)
Oh, señores!

MARCOS. Bien venido!

ESCENA IV.

CARLOS, ABELARDO, D. MÁRCOS y ENRIQUE con otros tres
jóvenes elegantes.

ENR. Márcos, Carlitos y tú,
qué exactos!
(Saludando. Todos se dan la mano reciprocamente.)

CARLOS. ¿Explicarás
tu grotesca invitacion?
(Un Convidado se entretiene en ver las armas; otro,
en ver los libros; de los demas, unos se sientan, otros

- permanecen de pie, de modo que se vea en todos la mayor franqueza y cordialidad.)
- ENR. ¡Oh, sí, despues de almorzar!
- CARLOS. Antes; si el asunto es serio podemos digerir mal, y á mí me gusta comer con toda tranquilidad.
- ENR. ¿Es ese el mútuo deseo?
- ABEL. Es la opinion general.
- ENR. Entónces, tomad asiento.
(Se acercan y se sientan cerca de Enrique.)
Tráeme los cigarros, Juan! (Al Criado.)
Pon aquí la cigarrera;
(Señalando á un velador.)
bien! y déjanos en paz.
(Váse el Criado.)
Empiezo por dar lectura á la invitacion...
- CARLOS. No tal;
si todos la hemos leído.
- ENR. La lectura entra en mi plan.
(Saca un papel del bolsillo, que lee en voz alta.)
«Mañana á las dos en punto,
»si Dios nos deja llegar,
»se almuerza en casa de Enrique
»Gutierrez y Carvajal!
»Es preciso llevar juicio;
»lo que fuere sonará.»
- CARLOS. Y eso qué quiere decir?
- ENR. Que lo que es, va ahora á sonar.
Yo queria almorzar ántes,
pero si luego el Champagne
os embota los sentidos
y no quereis escuchar...
- CARLOS. Nada; lo serio primero,
despues no hay formalidad. (Murmullos:)
- ENR. Entónces pido atencion!
- MARCOS. Orden!—Puedes empezar. (Silencio.)
- ENR. Señores, mientras la herencia de mi padre el general satisfizo los caprichos de mi indócil voluntad;

mientras me dió mi fortuna
para lucir y triunfar,
nunca pensé en lo futuro,
ni medité con afán
que pondrían mis locuras
un término á mi caudal.
Sin padres ni obligaciones
me ví á mi mayor edad,
con seis mil duros de renta,
un buen cuerpo y un buen frac.
Con estas tres *cuatidades*
de todo un hombre es capaz,
y el mundo al verlas me abrió
sus puertas de par en par.
Amigos tuve á docenas
de tal amabilidad,
que la herencia de mi padre
me ayudaron á gastar;
amantes tuve á millares
que me amaron con afán,
por mi persona las ménos,
por mi riqueza las más.
Y con unos y con otras,
con berlina y char-avan,
con viajes de recreo,
con ecarté y bacarrast,
me encuentro hoy tras de tres años
de *debauche* y bacanal,
con seis mil duros de deudas,
otra cara y otro frac.

TODOS. Ah! (Murmillos.)

CARLOS. Adios mi dinero!

MARCOS. Basta.

ABEL. Siga el orador...

CARLOS. No tal;
explíquense esas palabras.

MARCOS. Órden!—Las explicaré. (Silencio.)

ENR. Quería decir, señores,
que esta reunion no es más
que el último despilfarro... (Murmillos.)

MARCOS. Órden!

ENR. (Alzando la voz.) Del último real!

Que este almuerzo, despedida
de mi vida de Nabad,
es del oro de mi caja
el trueno gordo final.
Ahora bien; si yo mañana
no os convidase á almorzar,
si no prestara sin réditos,
si nuyera la sociedad,
si vendiera mis carruajes,
si no extreñara gaban,
si me mudara á la calle
de Ministriles...

TODOS. (Risas generales.) Já! já!

ENR. ¿No me expondría á quedarme
sin amigos y sin pan?
¿Me saludaríais?—puede!
¿Me prestaríais?—¿quizá!
¿Me visitaríais?—¿nunca!
¿Me adularíais?—jamás! (Pausa.)

En este estado pretendo
tal contratiempo evitar,
dando un corte á mis asuntos
estupendo, colosal.

Por eso os he congregado
alrededor del Champagne,
para hablaros y pedirós...

(Grandes murmullos.)

Consejo, señores... (Alzando la voz.)

TODOS. (Calmándose.) Ah!

ENR. Yo no tengo más que un tío,
hombre de gran probidad,
que aun de su poca fortuna
me ha desheredado ya!
Tío á quien hace tres años
no he querido visitar
por no escuchar su lenguaje
filosófico-moral.

Yo no nací para pobre;
ménos para trabajar;
no tengo carrera alguna,
ni sé oficio ni sé más
que un poquito de francés,

- guiar carruajes, bailar,
jugar al treinta y cuarenta,
tener gracia y hablar mal.
Soy, en fin, lo que se llama
en este siglo del gas
y del petróleo, un muchacho
de la buena sociedad.
¿Á qué me dedico, pues?
qué me queda que hacer ya?
¿qué seré desde mañana?
¿qué partido he de tomar?
- CARLOS. Hombre! conque tambien tú
estás tronado?
- ENR. Sí tal!
- CARLOS. Nos vamos á hacer mal tercio;
somos dos á mendigar!
- ABEL. Quieres ser rico?
- ENR. Está claro!
- MARCOS. Sin trabajar?
- ENR. Claro está!
- CONV. 1.º Pon una casa de préstamos!
- ENR. Y á mí quién me va á prestar?
- CARLOS. Hazte ministro...
- ENR. No tengo
bastante formalidad!...
- MARCOS. Escribe zarzuelas bufas!...
- ENR. Sé el castellano!
- CARLOS. Es un mal!
(Un Convidado le habla en voz baja.)
- ENR. Tengo una idea mejor
que me infunden por acá...
Señores... me caso!...
- TODOS. (Gran gritería.) Oh!...
fuera! fuera!
- ENR. Por piedad!
- TODOS. Desechado!
- ENR. Al órden!
- TODOS. Fuera!
- MARCOS. Ya no hay palabra!
- CARLOS. Á votar!
- MARCOS. Ese remedio es peor
que cualquiera enfermedad!

- ENR. Yo quiero una novia rica...
millonaria... estamos? (Dominando el tumulto.)
- TODOS. Ah!
- ENR. Quién me da noticias?
- TODOS. Yo!
- ENR. yo!
Por su orden cada cual!
(Se sientan más cerca del proscenio.)
- ABEL. Sé de una viuda muy vieja
con un millon...
- ENR. No es mal plan.
- ABEL. Sola?
- ABEL. Tiene siete hijos
y doce nietos.
- ENR. Jamás!
- Si se muere, serán ellos
los que hereden!
- ABEL. Doña Paz
de Barrientos.—Otra viuda
de gran nombre, gran caudal
y treinta años; en el cuello
tiene un bulto colosal.
- ENR. Otra; no quiero que al médico
le haga rico mi mitad.
- MARCOS. La hija mayor de Rovira
el banquero...
- ENR. Quién? Pilar?
- MARCOS. Veinte y dos años, bellísima...
- ENR. Me conviene!
- MARCOS. Tiene un mal!
- ENR. Cómo!
- MARCOS. Un primo en ingenieros!
- ENR. Hombre!
- MARCOS. Que se ingenia ya
para que otro sea el primo
de su prima!
- ENR. Eso es fatal!
- MARCOS. Vive al lado de la Inclusa!
- ENR. No quiero tal vecindad.
- MARCOS. La sobrina de Avellano.
Bella...
- ENR. Nunca viene mal.

- MARCOS. Escribe poemas.
ENR. Poetisa?
Otra ¡qué horror!
ABEL. Soledad;
la nieta del propietario
Solís; hermosa, jovial,
modesta...
ENR. No es lo de ménos.
MARCOS. Y muy rica.
ENR. Es lo de más.
Rica, sin primo, sin versos,
sin bultos, sin prole...
ABEL. Ah!
tiene madre!...
TODOS. Tiene madre!
ENR. Esa no es dificultad!...
CARLOS. Justo!... las mejores roscas
tienen suegra!...
ENR. Eso es verdad!
MARCOS. Es que esa es de las peores!
ENR. Si yo no me he de casar
con ella!
MARCOS. Protesto!
ABEL. Al órden!
te presentaré!
ENR. (Abrazándole.) Guzman,
ven aquí: tú eres un héroe...
Ya no tengo más que hablar.
¿Queda aprobado el proyecto?
TODOS. Sí!
CARLOS. Por unanimidad!
MARCOS. Yo protesto... El matrimonio
es una cosa infernal!
ENR. Se termina el incidente!...
Órden del día.—Á almorzar!
(Todos se dirigen á ocupar sus sitios en la mesa. El
Criado entra por el foro y se dirige á Enrique, ha
blándole en voz baja.)

ESCENA V.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Señorito...

ENR. Qué sucede?

(El Criado le habla en secreto.)

Eh?—Contratiempo fatal!

CRIADO. Dice que es indispensable...

ENR. (Deteniéndolos.)

Ustedes dispensarán,
pero tengo que estar solo
diez minutos.

ABEL. Nada más?

CARLOS. Visita secreta?...

ENR. No.

Palabra de honor.—Guzman,
conduce á la sala de armas
á estos señores...

MARCOS. ¿Habr

que esperar más de lo justo?

ENR. Es un negocio formal.

Acabo en seguida.

CARLOS. El hambre

empieza á mortificar,
y desde que estoy tronado
cada día como más.

ENR. Es cosa breve, señores.

Haz que pase al punto, Juan.

(Todos se retiran por la izquierda. El Criado sale por
la derecha y vuelve á poco seguido de Gutierrez.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, GUTIERREZ.

ENR. ¡Un buen sermón de cuaresma;
paciencia y docilidad!

GUT. ¡Hombre! bonito espectáculo!
así: ¡banquetes! orgías!

Tenga usted muy buenos días!

ENR. Tío!... (Queriendo cogerle el baston y el sombrero)

GUT. No; déjame el báculo!

¿Conque no hay forma ni modo
de que recobres el juicio?

¿Continúa el ejercicio
de irlo devorando todo?

¿Y cuando llegues á ver
el fondo de lo perdido,

si todo te lo has comido,
á quién te piensas comer?

ENR. Á usted.

GUT. Salida excelente,

y la has hallado muy pronto;

pero no soy yo tan tonto
que me deje hincar el diente.

Si tu padre trabajó,
y por cierto que hizo mal,

por dejarte un capital
que tu vida dispó;

yo, que he trabajado más,
no quiero, aunque soy tu tío,

que te comas nada mio,
y no te lo comerás.

ENR. Y tendrá usted corazon
para mirar tal estrago?

GUT. Tú has elegido ser vago,
sigue con tu inclinacion!

Tú no quieres trabajar!...

ENR. Si usted es bueno, indulgente,
y soy su único pariente,

¿cómo me ha de abandonar?

GUT. Oye á Breton!—«Sobre un tercio
»de bacalao truchuela,

»me envió á Madrid mi abuela

»aplicándome al comercio.»

Así vine yo á la córte;

y de hortera á comerciante

crucé el camino distante

con el trabajo por norte!

No dí al oro más valor

que el de un elemento más

para vivir, y jamás

le sacrificué mi honor.
Vino por mi asiduidad;
y cuando tuve bastante
para vivir, lo restante
se lo dí á la caridad.

ENR. Si yo soy estrafalario,
lo es tambien ser tan virtuoso...

GUT. No tal; es que soy dichoso
con tener lo necesario!
Vosotros los que adorais
á san Banco ó san Tesoro,
y por el becerro de oro
á vuestro Dios olvidais;
discípulos de Cain
que al mal no poneis remedios,
sancionando cuantos medios
os pueden llevar al fin,
no comprendereis jamás
en vuestro afan incesante,
que un hombre tenga bastante
con poco y no quiera más!

ENR. Y tengo la culpa yo
de esa sed de oro que altera
á la sociedad entera
y es su único objeto?... No!
Si el mundo en triunfo recibe
y adula y busca afanoso,
al prócer, al poderoso,
al que en la opulencia vive;
sin ver si la procedencia
de su bellocino de oro,
fué por robar al tesoro
ó por vender su conciencia;
si el mundo no ve en rigor
más que al que sabe llegar,
¿he de ir yo á desempeñar
el papel de Redentor?...

GUT. Triste es que el mundo obre así;
pero, hijo, en sana moral,
nunca patrocina el mal
el que no lo siente en sí.
Cierto que hoy el mundo premia

tu epidémica locura;
mas yo estimo por cordura
librarse de una epidemia!
Tú en constante desvario
has gastado como un loco,
y haces cuentas con lo poco
que te ha de dejar tu tío.
Tu estado no me engatusa;
no tengo gran cosa, pero
mejor nombro mi heredero
á algun pelon de la Inclusa...
Ahora... si tu afan anhela
trabajar en el comercio...
yo podré darte... otro tercio
de bacalao truchuela!...

- ENR. Gracias! bello porvenir
pesar garbanzos y arroz!...
- GUT. Oh! sí, el trabajo es atroz...
pero si quieres vivir!...
- ENR. Es poco alegre el camino...
Y la sociedad entera
¿qué dirá viendo á un hortera
que es de Gutierrez sobrino?:::
- GUT. Qué Gutierrez, hijo mio,
tuvo á su ambicion esclava;
y que hoy el sobrino acaba
por donde empezó su tío!
- ENR. No hablemos más! (Pausa.)
- GUT. Otro medio
te propongo que es mejor,
y que si tienes valor
dará á tus males remedio.
- ENR. Venga!
- GUT. Yo tengo una ahijada,
bella, modesta, juiciosa,
pero pobre: buena esposa
sabrà ser, porque es honrada.
- ENR. Usted? (Sorprendido.)
- GUT. Como hace tres años
que no has pisado mi casa,
ignoras cuanto me pasa...
- ENR. Ya!

GUT. Vivimos como extraños!...
ENR. Mis muchas ocupaciones...
GUT. Sí, y el *Burdeos* y el *Rhin*...
ENR. No... la sociedad...

En fin,

oye mis proposiciones!
Tengo tierras en Segovia
que dan renta suficiente
para aquel que se contente
con las tierras y la novia.
Se las doy... á tu mujer:
si tú te quieres casar
las puedes administrar,
tener hijos y comer!
ENR. Yo carezco de valor
para esa lucha incesante,
de ir á buscar *lo bastante*
conociendo *lo mejor*.
No siento el gérmen fecundo
de ese sacrificio eterno
que cambia el mundo en infierno
siendo un paraíso el mundo!
No me podré acostumbrar
á encerrar mi libre pecho
en el horizonte estrecho
del trabajo y del hogar!
¡Verme entre cuatro terrones
con mi existencia empleada
en ver crecer la cebada
ó agostarse los melones!
Levantarme con la aurora
de gañan haciendo alarde...
y merendar por la tarde...
mientras trilla mi señora!...
Cambiar el sudor por cobre
y la vida por dinero
para comer... oh! prefiero
la independencia del pobre!
Gut. Pronto de ella estarás harto
si no arreglas tu existencia!
¡Es bonita independencia
la de no tener un cuarto!

Adios, pues! Regularmente
no me verás en tu vida...
Sí! Cuando tu voz me pida
tu limosma independiente!
Y se va usted...

ENR.

GUT.

Á Bilbao
y á Bayona... Si tú alteras
tus proyectos, cuando quieras
te mandaré el bacalao.
Si sigues por tu camino
ya iré un dia á visitarte...

ENR.

GUT.

ENR.

GUT.

Oh! (Sonriendo.)
Yo sé dónde encontrarte...
Y dónde?

En San Bernardino.
Allí, sin cavar terrones
con tu libertad por guia,
harás cestas todo el dia,
é irás en las procesiones.
Tendrás compañeros hartos,
amigos de oro y de encierro...
alumbrarás en mi entierro
y te darán doce cuartos.

(Se dirige al foro, pero sin que le vea Enrique, entra
en la derecha.)

ESCEÑA VII.

ENRIQUE.

Nada alegre es en verdad
el pronóstico del tío!
Bah! el trabajo es el hastío,
la vida es la ociosidad!
¡Yo no puedo acostumbrarme
al horror de trabajar
ni á ganar con mi sudor
el sustento como Adán!
Mientras haya viejas ricas,
ó jóvenes en agraz
que sacar depositadas
sin permiso del papá,

no debe un hombre afligirse!
¿por qué pues me he de apurar?
Mil ejemplos cada día
la villa y córte nos da,
haré lo que tantos otros
han hecho y hacen y harán.
En cuanto á Amalia... ¡recuerdo
más importuno y tenaz!
La quiero... y ella me quiere...
yo soy pobre... ella lo es más...
¿qué íbamos á hacer los dos...
y luégo... los tres?... No tal!
¡bien hecho está lo dispuesto;
ancho pecho... y Dios dirá!

ESCENA VIII.

ENRIQUE, el CRIADO, que entra por la derecha cuando Enrique se dirige á la izquierda.

CRIADO. Señorito...

ENR. (Volviéndose.) Otra?...

CRIADO. Yo he dicho
que estaba usted ocupado...
pero se empeñan en verle...

ENR. Quién?

CRIADO. Dos señoras...

ENR. Ah! (Sorprendido.)

CRIADO. Entraron

á pesar de mi respuesta...

ENR. ¡Quiénes son?...

CRIADO. Tienen echados

los velos; pero me han dicho:
«toma—entrega esto á tu amo.»

(Le da una tarjeta.)

ENR. Á ver!... ¡Dios mio! y ahora... (Leyéndola.)
ella en mi casa!... es el caso

que... y ¿á qué vendrá? (Turbado.)

CRIADO. Qué digo?

ENR. Valor! que pasen! (Sale el criado.) Al cabo
más vale que desde luégo

queden rotos nuestros lazos...
así como así, mañana
había de ser!... el diablo
son las mujeres... vendrá
con Juana... ¿qué habrá pasado
para venir á mi casa?
yo á su familia no trato...
y este maldito palpita (Señalando al corazon.)
de un modo...

ESCENA IX.

ENRIQUE, AMALIA, JUANA, el CRIADO por la derecha; ellas
tienen echados los velos.

ENR. (Al Criado.) Cierra; si acaso
preguntan, que voy al punto;
para nadie estoy. (Váse el Criado.)
Aguardo! (Se descubren.)

JUANA. Ah! no me engañó el deseo!
Señorito... vamos claros...
No crea usted que yo tengo
la culpa... (Con rapidez.)

ENR. ¡Feliz y extraño (Á Amalia.)
momento... usted en mi casa?...

AMALIA. Sé que al saber este paso
todos le criticarian...
pero...

JUANA. (Interrumpiéndole.) Señorita! al grano!
¿qué pensará don Enrique
de nosotras?...

ENR. Es tan grato
este favor, que ni ideas
tengo para interpretarlo.

AMALIA. Ahora que estoy en su casa...
no sé ni decirle... (Turbada.)

JUANA. (Mirando la mesa y comiendo algo.) ¡Bravo!
iba usted á almorzar?

ENR. Luégo.

JUANA. En compañía? Tres, cuatro,
cinco, seis, siete cubiertos....

ENR. Varios amigos... Acaso

- debo esta dicha á algun lance desagradable?
- JUANA. (Bajando.) Sí; y tanto!
- ENR. Qué ocurre?
- JUANA. Que se la llevan!
- ENR. Cómo? (Sorprendido.)
- AMALIA. Deja...
- JUANA. En dos vocablos se explica.
- ENR. Juana! (Con impaciencia.)
- JUANA. Como ella tarda...
- AMALIA. Te suplico...
- JUANA. (Volviendo á la mesa.) Callo!
- AMALIA. Hace tres meses Enrique que me ama usted.
- JUANA. Hasta marzo!...
- ENR. justo! desde el mes de enero...
- ENR. No callará!
- AMALIA. En ese plazo nos hemos visto en paseo, en algun baile, en teatros... nos hemos escrito...
- JUANA. (Comiendo.) Cartas de cuatro carillas... «Te amo...» «ángel de amor...» «ántes muerta que de otro...» ¡Vaya unos párrafos...
- AMALIA. Juana! qué buena serias si callaras!...
- JUANA. Ya me callo!
- AMALIA. No sé por qué, usted no quiso buscar un amigo... ¡Vamos! que le presentara en casa, pero esto es hoy necesario.
- ENR. Ah!
- AMALIA. Mi familia que usted no conoce, podrá acaso impedir lo que sucede, si usted la dice... (Pausa.)
- ENR. No alcanzo todavía...
- JUANA. En dos palabras

verá usted como lo encajo.
Amalia no tiene padre,
ni madre, hermana ni hermano,
y huérfana y pobre vive
con un padrino muy guapo
que se la quiere llevar
á París este verano.

ENR. (Un padrino... coincidencia
más extraña.)

AMALIA. (Le ha chocado.)

JUANA. Más como ella ama á su Enrique,
y Enrique la quiere tanto,
y no verá á Enrique fuera,
y Enrique me la ha enricado,
y como mañana quiera
partir el otro, es el caso
que dijo la señorita:

«Juana... á su casa volando,
»Dios perdonará la misa
»que por mi amor le robamos,
»y vamos á ver á Enrique...
»á contarle todo el caso
»y á decirle...» «Enrique mio,
»si me quieres...» He acabado!
Es eso todo?...

ENR. (Bajando los ojos.) ¿Eso es todo?

AMALIA. (No está mal urdido el lazo.)

ENR. Sí, mucha vergüenza ahora,
y esta mañana...

JUANA. Ha llegado
ENR. el momento, Amalia mía,
de ser con usted muy franco.
Yo la amo á usted como nunca
creí amar: yo que he cruzado
rico y jóven el camino
de la vida á pasos rápidos!
yo, que hastiado de placeres
ó vendidos ó comprados,
siempre tuve á la inocencia
por un mito imaginario,
amé el amor en sus ojos,
la lealtad en sus labios,

la inocencia en su sonrisa,
y la virtud en sus actos.
Por tres meses he vivido
con su bienhechor encanto;
por tres meses de esa vida
mi existencia entera cambio.
Pero... si en ir á su casa
no he consentido, si ahogando
mi cariño, pretendia...
no sé!... tal vez olvidarlo;
es porque hoy ya nada tengo,
es porque loco gastando
la herencia de mi buen padre
en momentos insensatos,
no puede como quisiera
mi cariño noble y santo,
ofrecerla una fortuna
al ofrecerla la mano.
Es porque soy pobre, Amalia,
es porque miente este fausto...
es porque hoy, con ese almuerzo
se concluye mi pasado.

AMALIA. Tanto mejor! (Con alegría.)

ENR. (Sorprendido.) Cómo!

AMALIA. Importa

nada la riqueza acaso
para dos que bien se quieren?
Juana, ahora si que me aplaudo
de haber venido. Podemos
ya de igual á igual hablarnos.
Yo por creer á usted rico
temí que juzgara acaso
mi venida de otro modo,
pero siendo pobre, vamos,
ya es diferente; ya puedo
hablar lo que sienta.

JUANA.

Claro!

Mejor es que fuera rico;
pero si esto es aparato,
y esta plata es del fondista,
y del casero este cuarto,
y del mueblista esos muebles,

- y del.. demonio! esos cuadros
ya están ustedes iguales
como Cristo en el establo,
Adan en el Paraiso
y Job en el otro barrio!
- AMAL. Qué irá á responderme!
ENR. (Vacilando.) Amalia...
es usted un ángel...
- AMAL. (Malo!)
ENR. Pero ni debo, ni puedo
unirla á mi suerte...
- AMAL. (Sin comprenderle.) ¡Acaso
no me ama usted?
ENR. (Con pasion.) Con el alma!
pero... qué haremos entrambos
sin fortuna?
- AMAL. ¡Lo que todos
los que no la tienen!
JUANA. ¡Cuántos!...
- ENR. Este amor es imposible!
AMAL. Enrique!...
- JUANA. ¡Buenos estamos!
ENR. No; para ese amor que encierra
de la juventud un rayo,
de la inocencia un destello,
de la religion un átomo,
es preciso un alma jóven
vírgen para el desencanto,
ignorante para el vicio,
y fuerte para el trabajo.
Yo, Amalia mia, no tengo
la fe de mis pocos años
ni el consolador perfume
de las esperanzas guardo;
yo ya no tengo energía
en mi corazon gastado
para obligarle á ser mio
ni para regenerarlo.
No más, Amalia, imposible,
olvidemos lo pasado
y bajemos al lenguaje
del mundo seco y prosáico!

AMAL. Bajemos pues. (Oh! su tío dice bien.) (Con amargura.) Sea usted franco. Usted me ama?

ENR. Ya lo he dicho.

La amo á usted.

AMAL. (Con emoci6n.) Como yo le amo?

ENR. Lo juro!

AMAL. Ent6ncés, Enrique!...

ENR. Pero soy pobre! (Con desaliento.)

AMAL. (Cogiéndole del brazo y paseando con él.)

¿Y si entrambos

entráramos en la vida

así, cogidos del brazo,

sosteniendo yo su espíritu,

sosteniendo usted mi mano,

cree usted que faltarian

elementos necesarios

para arrancar á la suerte

alguna sonrisa? (Pausa.) ¡Vamos!

¿Qué son, que tienen los jóvenes

que sin oro y sin amparo

de las artes ó las ciencias

crucan los senderos ásperos?

¿Qué es el piloto que surca

el mar en su pobre barco,

y llega á hacer con el tiempo

su patria del Oceano?

¡Oh, para llegar á rico (Sonriendo.)

ser pobre es muy necesario!

El rico no puede hacerse

más que pobre... y es mal cambio!

ENR. Todos los que nada tienen

y llegan luego á ser algo,

piénselo usted bien, Amalia,

comienzan desde temprano.

AMAL. La fe ayuda!

ENR. No la tengo...

AMAL. La esperanza...

ENR. No la guardo.

AMAL. El amor...

ENR. Se encuentra pronto de las privaciones harto.

- AMAL. Basta!—Busque usted fortuna;
mas si no es con el trabajo,
sonrojarle le hará á veces
haberla gratis ganado.
- ENR. Amalia... (Con vacilacion.)
- AMAL. (Con dignidad.) Ni una palabra!
Si un dia nos encontramos,
y yo soy pobre dichosa
y usted rico desgraciado,
recuerde que hubo un momento
en que se apoyó en su brazo
una mujer que lloraba
por su primer desengaño;
que de mundo carecia,
pero que le amaba tanto,
que unir quiso á su miseria
su corazon y su mano. (Pausa.)
Adios... Enrique. Hay mujeres
con gran dote... Ea! al asalto,
á ellas!... (Con sonrisa forzada.)
- ENR. Si yo rico fuera...
- AMAL. (Con frialdad.) No admitiria su mano.
Oh! cuando su amor me dijo,
¡le pregunté á usted acaso
si era escasa su fortuna
ó si era usted millonario?
Yo escuché sólo á mi amante,
y me dije al escucharlo...
«Su corazon será de oro...»
me equivoqué... era de barro!...
- ENR. Amalia!... (Queriendo detenerle.)
- AMAL. Adios! (Con solemnidad.)
- JUANA. (Con frialdad cómica.) Caballero...
- AMAL. Ni una palabra!
- JUANA. Ni un paso!
Conocemos el camino...
(¡Buen viaje hemos echado!)
(Juana, muerta voy!)
- AMAL.
- JUANA. Aprisa!
- ENR. Pero...
- JUANA. Bese usted su mano!
(Salen por la izquierda. Enrique queda anodado.)

ESCENA X.

ENRIQUE.

Tiene razon! Barro es
cuando al oír su voz pura
no he buscado la ventura
arrojándome á sus pies!
Ya no hay remedio! Entereza;
¡al diablo mis aprensiones!
¡Yo he vivido entre millones,
quiero vivir con riqueza!
Necia duda! Aquí, señores!
(Abriendo la puerta izquierda.)
ya estoy libre! fuera enojos!

ESCENA XI.

ENRIQUE, MÁRCOS, CÁRLOS, ABELARDO, CONVIDADOS y el
CRIADO, por la derecha.

CARLOS. Cuánto has tardado! (Examinando.)

MARCOS. (Id.) Esos ojos!...

ENR. De soñar acabo horrores!

MARCOS. El Champagne hará cesar
ese insomnio matutino!...

ENR. Razon teneis... venga vino!...

(Á los criados, que vierten Jerez en copas y se las
dan. Se sientan á la mesa.)

CARLOS. No! por su órden! á almorzar!

ENR. Un brindis ántes!

MARCOS. Se invierte
el órden!

ENR. Es con Jerez!

ABEL. Invirtamos una vez!

MARCO. Y es el brindis?

ENR. (Alzando la copa.) Á mi suerte!

Á que de un dote el tesoro
me haga millonario eterno!
Al dios del mundo moderno!

TODOS. Cuál es?

ENR. Al becerro de oro!
Quiero beber!...
(Entra Gutierrez por la derecha, y se acerca á la mesa
tomando otra copa. Asombro general.)

ESCENA XII.

DICHOS, GUTIERREZ.

GUT. ¡Otra á mí!
(Todos se levantan: él coge una copa.)

CARLOS. Quién es este tío?

ENR. El mio!

GUT. (Brindando.)
¡Á que encuentres el impío
filon que buscas así!
Ya que, jóven indolente,
con instinto avaricioso
quieres ser rico asqueroso
en vez de pobre decente,
¡brindo á que Dios te permita
ver que el mundo más respeta
á un menestral de chaqueta
que á un mendigo de levita!
¡Señores, hasta más ver!
Sobrino, hasta más llorar!

ENR. Tío... yo!... (Enojado.)

GUT. Nada! á almorzar!

ENR. Basta! Á beber! (Con desesperacion.)

TODOS. (Con gran gritería.) ¡Á beber!
(Suenan las copas y Gutierrez sale. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegantemente amueblado.—Puerta al foro y laterales.—Portieres, jardineras, etc.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, D. MÁRCOS.—Este sentado, aquel de pie á su lado cerca del proscenio.

CÁRLOS. Si es mi suerte, usted lo ha visto:
me da su palabra anoche
de firmar la credencial,
y esta mañana á las once
se muere de un accidente
apoplético!

MÁRCOS. Si corre
la voz por los ministerios,
cuando usted la cara asome
van á recibirle á tiros...

CÁRLOS. Y los recibo conforme.
La fortuna se ha empeñado
en darme golpe tras golpe;
yo me empeño en recibirlos.
El que más pronto se amosque
de los dos es el que pierde.

MÁRCOS. Así debe ser el hombre;
luchar mientras tenga vida

y no hacer lo que hace el pobre
Carvajal... doblar al yugo
la cerviz...

CARLOS. Dios le perdone!

¡Cargar con una mujer
que antes de las bendiciones
dice «que compra un marido
para hacer feliz á un pobre!»

MARCOS. Y soportar á la suegra,
que tiene el alma de Herodes!

CARLOS. Se necesita valor.

MARCOS. Ó afición á los millones!
Conque aun hecho el matrimonio
por amor entre los cónyuges,
con pasión y sin codicia
hay á las pocas sesiones
incompatibilidad
de caracteres y humores...
¿qué será cuando ya hay guerra
antes del *præcipio vobis*?..

CARLOS. Y la cosa va de vuelo...

MARCOS. Corre prisa se conoce...

CARLOS. Como Enrique hace seis días
para asuntos fué á la córte
y aun no ha vuelto, yo quedé
sorprendidísimo anoche
al recibir el recado
de que hoy ¡martes! á las doce
se firmaría el contrato...

MARCOS. Si la suegra dió la órden
ya vendrá él en el tren próximo...

¿Quieren celebrar entónces
aquí, en Aranjuez, la boda?...

CARLOS. Sí... pero si usted es hombre
de quien fiar un secreto... (Acercándose á él.)

MARCOS. Palabra de honor... Nadie oye...
(Miran á todos lados y bajan al proscenio.)

CARLOS. Parece ser que esa Amalia,
que ha venido antes de anoche
con Gutierrez...

MARCOS. Quién?...

CARLOS. El tío

- de Enrique...
- MARCOS. Ya!...
- CARLOS. Tuvo amores
en Madrid con nuestro amigo...
apasionados...
- MARCOS. Demontre!...
- CARLOS. Gutierrez quiso casarlos,
ó mejor dicho, dejóles
que se vierán y se amaran
sin dar él la cara.—El golpe
era presentarse él luego,
echarlos las bendiciones,
y en Segovia establecerse
con ellos... tiene allí un monte
ó unas tierras...
- MARCOS. Y tronaron...
- CARLOS. Él vió que ambos eran pobres
ó poco ménos, y dijo,
nuestro cariño acabóse...
- MARCOS. El tio...
- CARLOS. Se fué con ella...
no se han visto desde entónces!...
Pero como la noticia
de esta boda ha dado golpe,
y han hablado los periódicos,
y va á ser padrino el conde
del Arenal, y los casa
el obispo de Segorve.
Tio y ahijada han venido
á la boda...
- MARCOS. Se conocen...
- CARLOS. Superficialmente, pero
él como tio, exigióles
á estas que le ocultaran
su venida á Enrique.
- MARCOS. Hombre!
- CARLOS. Quiere darle una sorpresa...
- MARCOS. ¡Se va á quedar hecho un poste
cuando al firmar el contrato
se encuentre con la otra jóven!
- CARLOS. Está decidido á todo;
él quiere pescar un dote

- y ahogará á su corazón,
si le tiene, entre millones.
- MARCOS. El ejemplo puede mucho;
su mismo padrino, el conde
del Arenal, era un chico
escribiente en provisiones;
se casó con la condesa
viuda, una vieja deforme,
sin pelo, sin dientes, y hoy
es él diputado á Córtes
y consejero de Estado,
y gran cruz y rico y conde.
- CARLOS.) Eso va en gustos, yo sé
que en estos tiempos que corren,
en vez de llover maná
de las etéreas regiones,
sólo lueven pagarés
y papeletas del monte,
pero entre pedir limosna
ó alquilarme, seré pobre!...
- MARCOS. (Soledad, y su mamá...)
- CARLOS. (Qué tipos!)
- MARCOS. (Estoy conforme!)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA SABINA, SOLEDAD, por la izquierda elegantemente vestidas.

- SABINA. Bien venidos!...
- CARLOS. Oh! señoras!...
- SOLEDAD. (Con los lentes puestos y mirando á todas partes con impertinencia.)
¿Aun no ha llegado ese hombre?
- MARCOS. Quién, Enrique?
- SABINA. Sí, mi yerno;
así llamamos las pobres
madres, á los asesinos
de nuestras hijas...
- CARLOS. (Demontre!...
está cargada la nube!)

- MARCOS. No ha llegado!...
- SABINA. Los mejores
merecían al casarse
que se les diera garrote!
- CARLOS. Me parece un poco fuerte!
- SABINA. Estará haciendo la corte
con tu dinero...
- SOLEDAD. Mamá;
eso es de mal gusto...
- SABINA. Oye!...
- SOLEDAD. Vas á defenderle?...
- SOLEDAD. Yo,
á mí qué me importa!...
- CARLOS. (Hombre
qué amor de esposa!)
- MARCOS. (Sublime!)
- SABINA. El mocito!
- CARLOS. No hay razones
para culparle, señora;
usted permiso otorgóle
para poner sus asuntos,
cuatro ó seis dias, en órden.
Cuando uno se casa es fuerza
cortar con sus relaciones...
organizar sus papeles...
pagar á sus acreedores...
- MARCOS. Justo; hacer lo que hace un reo
cuando en capilla le ponen...
- SABINA. Es que aquí el reo no es él,
sino nosotras... (Con rapidez.)
- MARCO. Entónces,
por qué Soledad le admite?...
- SOLEDAD. Déjame á mí... ¿qué es el hombre?...
- MARCOS. Señora... una cosa así
como nosotros.
- CARLOS. Diógenes
buscaba uno con linterna
y no le encontró...
- SOLEDAD. Fué un torpe;
yo le he encontrado en seguida.
- CARLOS. Á ver sus definiciones...
- SOLEDAD. El hombre es una pantalla

de la mujer.—Una joven soltera, en España al ménos, ni entra, ni sale, ni corre, ni visita, ni viaja, ni puede ir á pie, ni en coche, sino con su madre al lado, que teme que se la roben; casada, ya nada importa que el marido la abandone por sus negocios; ya puede ir sola por todo el orbe ó acompañada de amigos que la obsequien y la adoren. Su palco y su carretela son otros tantos salones, donde recibe á su gusto sin que nadie se lo estorbe. La soltera es un guarismo que representa su dote; pero un marido es un cero ó varios, segun su porte, que da valor á la cifra á cuyo lado se pone.

CARLOS. Es usted gran matemática!

SOLEDAD. Hoy enseñan á las jóvenes dos cosas con preferencia; gimnasia y partida doble!

MARCOS. Pero hay maridos que quieren no ser ceros...

SOLEDAD. Se conocen á la legua... y por lo mismo concedo mi mano á un hombre que debiéndomelo todo haga cuanto se me antoje...

CARLOS. Pero el amor...

SOLEDAD. ¡Ay, don Cárlos, no está el tiempo para amores!... Además, si mi marido se lanza á especulaciones comerciales ó políticas y llega á ser un prohombre, puede contar con mi afecto

- como hoy cuenta con mi dote...
- MARCOS. (Es una alhaja esta chica.)
- SOLEDAD. Estas no tienen más norte que casarse. ¿Para qué? Vamos á ver!
- CARLOS. Aprensiones!
- MARCOS. Para hacer lo que usted hizo.
- SABINA. Ya ha tenido diez ó doce pretendientes; pero todos, con pretextos y razones, recogieron su palabra y se fueron.
- MARCOS. ¡Qué hotentotes!
- CARLOS. ¿Los habló usted á todos ántes, de sus planes ulteriores?...
- SABINA. Hasta uno, el conde del Valle, me dijo en breves razones, que si yo no me marchaba á vivir sola en un bosque, mi hija nunca encontraría quien la otorgara su nombre. ¡Se necesita descaro!
- CARLOS. (Ap. á D. Marcos.) (Qué bien la entendía el conde.)
- SABINA. Esa es la causa más grave de haber yo admitido al joven Gutierrez por yerno mio. No quiero que esta me lllore ni que el mundo me calumnie. ¡Con ese voy á dar golpe!
- CARLOS. (Ap. á D. Marcos.) (El que le va á dar es él.)
- MARCOS. (Le va á arrancar los bigotes.)
- SABINA. Ya ve usted, no tiene un cuarto, ni es diputado, ni es noble, ni periodista siquiera... Esta lleva tres millones, los que yo administraré...
- SOLEDAD. Yo, mamá...
- SABINA. No te acalores, lo mismo da...
- SOLEDAD. Tú no entiendes

ya las especulaciones modernas, hay mil negocios que dan ganancias enormes, y que no están al alcance de los señores mayores...

CARLOS. (Ap. á D. Márcos.)
(Está muy bien educada esta niña...)

MARCOS. Se conoce...

SABINA. Viviremos los tres juntos, mientras Dios de mí dispone, en amor y compañía...

CARLOS. (Ap. á D. Márcos.)
(En compañía, conforme... lo que es en amor...)

MARCOS. (Se pegan despues de las bendiciones...)

SABINA. Le daré para sus gastos... mas no para que derroche...

CARLOS. (Le va á dar cada domingo dos ó tres napoleones.)

SABINA. Y nos verá todo el mundo tan unidos, tan conformes... que no habrá ya malas lenguas que de nosotras se mofen.

MARCOS. Mi marido que está en gloria... (Ya lo creo!...)

SABINA. Siempre dóciles nos encontró á sus mandatos...

SOLEDAD. Qué pesadez!

MARCOS. Y por dónde andan los huéspedes hoy?

SABINA. Gutierrez salió á las once á los jardines, y Amalia tiene jaqueca y dolores...

MARCOS. Asistirán á la toma de los dichos.

CARLOS. Se supone...

SABINA. Gutierrez se empeña en ser testigo... Pero ese hombre...

MARCOS. Aquí está...
(Mirando al foro, por donde entra Enrique cargado d

- paquetes y con un ramo que ofrece á Doña Sabina.)
SABINA. Gracias á Dios!
ENR. Mamá!...
(Acercándose á ella y despues de dejar los paquetes
en una mesa.)
SABINA. (Con desden.) Qué trae usted? flores?...

ESCENA III.

SOLEDAD, DOÑA SABINA, D. CARLOS, D. MÁRCOS
y ENRIQUE.

- MARCOS. (Ap. á Carlos.)
Se va á empezar la funcion!
CARLOS. (Si? pues tomemos asiento.)
SABINA. Seis días de suelta?...
ENR. Siento...
SOLEDAD. Se ha cortado ya el cupon?...
ENR. Ayer.
SOLEDAD. Y para qué dia...
ENR. Para el doce del que viene.
SOLEDAD. Negociarle no conviene
entónces... se perderia...
ENR. Justo.
SOLEDAD. Los hipotecarios
vencen á fin de este mes...
si siguen á ciento tres...
ingresos extraordinarios...
Nada al fin se desembolsa...
(Escribiendo en su cartera.)
ocho, diez... no hay que fiarse.
CARLOS. (Es lo mismo que casarse
con un agente de bolsa...)
SABINA. Yo que usted no doy la vuelta
en quince días...
ENR. Señora...
mis negocios...
SABINA. Bien! ya es hora
de que se acabe la suelta...
ENR. Ya dije á ustedes al irme
que tal vez no volveria
hasta hoy...:

- SABINA. Lo exigiria
alguna...
- ENR. Es mejor reirme...
- SABINA. Es el partido mejor...
con *sans-façon* y descaro...
- SOLEDAD. Al cincuenta y seis... es caro!...
- ENR. (Á Soledad.)
Está usted de mal humor?
- SOLEDAD. Me ha equivocado usted ya...
Tiene usted ese defecto...
- CARLOS. (Esto no es más que el prospecto...
el libro ¿qué tal será?...)
- SOLEDAD. Y el conde nuestro padrino...
- ENR. Llegó conmigo en el tren.
- SOLEDAD. Será forzoso tambien
buscarle á usted un destino...
- ENR. Me basta el de ser su esposo...
- SOLEDAD. Es necesario ser algo
en el mundo!...
- ENR. Yo no valgo...
- SOLEDAD. Lo demas es vergonzoso...
- SABINA. Y mis encargos?
- ENR. Están...
(Se dirigen á la mesa.)
- SABINA. Colorete... las recetas...
el pelo... las papeletas
para dar parte... el gaban...
las sombrillas... el papel...
- MARCOS. (La comision no fué escasa...
- CARLOS. Le van á tener en casa
como á un mozo de cordel!...)
- SOLEDAD. ¿No es Matilde prima hermana
del ministro de Fomento?...)
- SABINA. Sí...
- SOLEDAD. La escribo en un momento...
mejor es hoy que mañana...
- ENR. Qué haces? (Á Carlos.)
- CARLOS. Mirándote estoy...
- MARCOS. Ya se acerca el trance...
- ENR. Sí...
- SABINA. Pero va usté á estarse así
en un dia como hoy?...

- Es preciso disponer...
arreglar estos salones...
- ENR. Yo...
- SABINA. Y ahorrar ocupaciones
á su madre y su mujer...
- ENR. Señora...
- SABINA. Don Márcos?
- MARCOS. Eh!
- SABINA. Me quiere usted ayudar
á disponer el altar
para mañana...
- MARCOS. (Se levanta.) Sí... iré...
aunque nunca me ha gustado
andar en los funerales...
- SOLEDAD. (Á Sabina.) Los veinte y cuatro mil reales
de censos no se han cobrado...
- SABINA. Es verdad...
- SOLEDAD. Es tanta cosa
la que tiene que pensar
una mujer, al entrar
en su carrera de esposa...
- MARQ. Eso no es carrera... es trote...
- SOLEDAD. Como una todo lo arregla!
- MARQ. Justo.
- SOLEDAD. Hay que poner en regla
la legítima, la dote,
los convites... el vestido,
los regalos... no hay aguante!
- MARQ. ¡Cá! no es posible un instante
acordarse del marido!...
- (Se van por la izquierda Doña Sabina, Soledad y
D. Márcos.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, CÁRLOS.

- CÁRLOS. Con que tu boda es verdad?
- ENR. Lo es?
- CÁRLOS. Y no se te atraganta?
- ENR. Hasta á mí mismo me espanta
mi fuerza de voluntad!...

¿Por qué no haberla empleado
en una honrosa existencia?
Por qué la fe y la conciencia
y el oro he desperdiciado?
Si exige virtud el mundo
al pobre que nada espera
y halla el fin de una carrera
en su aislamiento profundo,
¿qué no exigirá al mortal,
rico ya desde la cuna,
que con bienes de fortuna
sabe emplearlos tan mal?

- CARLOS. Pero lo peor del lance
es que la suegra no alfoja...
¿Cuando en sus garras te coja
vas á salir mal del trance!
- ENR. Se ha llegado á permitir
y delante de testigos...
- CARLOS. Sí: como éramos amigos...
y ella es fácil... (Señalando á la boca.)
Es decir...
- CARLOS. Que del dote de su hija
será la administradora.
¿Cuando eso lo dice ahora!...
Mas no es justo que te aflija
proposicion tan molesta...
Ella sabe lo que vales...
y te dará treinta reales
para los dias de fiesta.
- ENR. ¿Qué me importa?
- CARLOS. Pues á mí...
- ENR. Creí la dicha encontrar
y Dios me va á hacer purgar
la falta que cometí.
- CARLOS. ¡Hombre! Aún puede tiempo ser;
yo al mirar tu situacion,
aprovecho la leccion;
no la dejes tú perder.
- ENR. ¿Tú intentas?...
- CARLOS. Yo? trabajar,
utilizar de algun modo
este poquito de todo

que me hicieron estudiar.
Con tu suegra, se comprende,
al escucharla arrogante,
que hay algo de repugnante
en el hombre que se vende.

ENR. En tí principios tan rectos?
¿Qué son? Harás que me asombre!

CARLOS. Que siempre está á tiempo el hombre
de corregir sus defectos.

Que tu boda singular
me parece un desatino,
que las barbas del vecino
estoy viendo ya pelar,
y que ante el funesto error
vergonzoso de deber
el sustento á su mujer...
pedir limosna es mejor.

ENR. Y no ves hoy y mañana,
aunque tu voz me convenza,

pasearse esa vergüenza
por la Fuente Castellana?
¿No conoces más de cien
bien vestidos y elegantes
que nada tenían ántes
y ahora lo pasan muy bien?

¿Que gastan y que convidan
con el dote de su esposa,
y de su accion vergonzosa
alegremente se olvidan?

(Gutierrez aparece por el foro.)

¿Imitarlos yo no puedo?

¿Quién los tiene odio profundo?

CARLOS. Pero tú... yo... todo el mundo
los señala con el dedo.

Nadie se lo va á decir,
y hasta la mano los damos;
pero todos criticamos
su manera de vivir!

Nada, chico, es la verdad;
aunque al mundo no le asombre,
es muy ridículo el hombre
que pierde su dignidad.

:

- Podrá tener seis carruajes,
y queridas á montones,
y palacios y millones,
bandas, honores y trajes,
todos le querrán despues;
pero á pesar de su oro,
será un rico sin decoro
por más vueltas que le des.
- ENR. Y si esa es hoy tu opinion,
que con la mía conviene,
¿qué dirás del que ni aun tiene
ya libre su corazon?
- CARLOS. ¿Amas á tu prometida?
- ENR. Á otra!
- CARLOS. Pues si fuera yo!...
- ENR. Á otra, Cárlos, á quien no
he de ver más en mi vida.
Á una mujer de alma pura
que quiso partir conmigo
la miseria.
- CARLOS. Pues, amigo,
es terrible tu locura.
- ENR. Sí; yo rechacé su mano
ante el porvenir cobarde...
- CARLOS. Enmiéndalo, hombre!
- ENR. Ya es tarde.
Yo mismo perdí inhumano
su amor y su estimacion.
Ir su perdon á buscar,
fuera tal vez encontrar
una eterna humillacion.
- CARLOS. ¡Pues más la vas á sufrir
con la suegra que te espera!
- ENR. Que sea lo que Dios quiera.
Ya está hecho el daño, á vivir!

ESCENA V

DICHOS y GUTIERREZ, por el foro.

- GUT. Eso es lo mejor.
- ENR. (Sorprendido.) Mi tío!

- usted aquí!
- GUT. ¿Qué te pasa?
Cuando un sobrino se casa...
Algo escuché, amigo mio.
(Tendiendo la mano á Carlos.)
Yo tengo en algun rincon
propiedades todavía,
y al que en sí mismo confia
no le falta ocupacion.
- CARLOS. Gracias, y en todo consiento.
Harto estuve extraviado...
- GUT. Si el demonio da el pecado,
Dios da el arrepentimiento.
- CARLOS. (Á Enrique.) Ya lo oyes, yo te perdono
como la boda deshagas.
- ENR. Es tarde.
- CARLOS. Chico, no hagas
el papel de *primo-donno*. (Vase.)

ESCENA VI.

ENRIQUE y GUTIERREZ.

- ENR. ¿Cómo, usted? (Con extrañez.)
- GUT. Tres meses há
que dejé, Enrique, de verte;
¿ha mejorado tu suerte
en ese tiempo?
- ENR. (Con indiferencia.) Quizá.
- GUT. Te arruinaste por completo?
- ENR. Oh! Ya lo estaba aquel dia
en que usted darme queria
contra el mal un amuleto!
- GUT. Tú tomarle no quisiste! (Con intencion.)
- ENR. Y me va perfectamente...
- GUT. Me ha contado mucha gente,
que andas macilento y triste!
- ENR. Tal vez...
- GUT. Lo confiesas?
- ENR. Sí!
- GUT. Serás desdichado...
- ENR. (Disgustado.) ¡Bien!

- GUT. Me das lástima!
- ENR. (Con sarcasmo.) Tambien
me la voy yo dando á mí. (Pausa.)
¿Qué viene usted á buscar?
Si de mí se despidió
para siempre, ¿por qué no
ha de dejarme triunfar?
- GUT. ¿Llamas triunfo á un matrimonio
ridículo y antipático,
con un dote problemático?
¡Así los hace el demonio!
- ENR. ¿Soledad no es rica?
- GUT. Sí,
más su madre guardará
el caudal; y te dará
ménos que yo te ofrecí
si á la vida renunciabas
de la inaccion y del vicio!
Si al borde del precipicio
ni aun de conocerte acabas,
déjame que venga á ver,
sin que mi vista te asombre,
hasta dónde pierde el hombre
la conciencia del deber!
- ENL. Me culpa usted sin razon,
y es justicia singular
que tenga yo que pagar
faltas de mi educacion. (Con entereza.)
Si por ser de un rico hijo,
mis padres no me obligaron
á trabajar, y dejaron
navegar sin rumbo fijo
mi inexperta juventud,
¿por qué á exigirme usted viene
que yo mi vida condene
al trabajo y la virtud?
- GUT. Mientes! Deja que te llame
cual tu padre si viviera;
(Movimiento de Enrique.)
yo te creí calavera,
y eres ingrato é infame.
Cuando mi hermano murió

dejándote un capital,
yo quise enmendar el mal
que su cariño causó.
Te dediqué á una carrera
que tú á tu gusto elegiste:
no te di nada, ¿qué hiciste?
¿Ganaste un año siquiera?
Burlaste mi autoridad;
tu patrimonio empeñaste;
¡yo lo sé! y cuando llegaste
á verte mayor de edad,
sin atender á mi ruego
y sin tasa ni medida,
encenagaste tu vida
en el lujo y en el juego.
Y hoy que viéndote tan bajo
con la miseria por lote,
prefieres cazar un dote
á dedicarte al trabajo,
aún por defender tu historia,
que para nadie está oculta,
tu boca procaz insulta
de tu padre la memoria!
¡No hay en tí una frase tierna!
¡Y aun te me vienes con fieros!...
¡Son mucho estos caballeros
montados á la moderna!
Vivir, gastar y triunfar,
arruinarse, ¿eso qué importa?
Á la larga ó á la corta,
la vida se ha de acabar!
¡Viva el ocio! No hay temor!
Y cuando la ruina viene
(Imitando á Enrique.)
*«mi padre la culpa tiene
que no me educó mejor!»*
Por dicha existe el desprecio:
le tendrás, mal que te cuadre;
¿qué culpa tiene tu padre
de haber engendrado á un necio?
Ya de lo justo pasó,
(Sin poder contener su ira.)

ENR.

- y á no ser usted mi tio...
- GUT. ¡Vamos, hombre, un desafio;
ó eres caballero, ó no!
- ENR. Basta! (Con entereza reconcentrada.)
- GUT. ¿Quién en tí confía!
- ENR. Yo soy libre!
- GUT. Ya lo sé.
Eres libre, ¿para qué
se inventó la autonomía?
- ENR. Y de qué me culpa usted?
Lo que pretendo hacer yo,
es tan extraño que no
tiene ejemplos?...
- GUT. Ya se ve...
los partidarios del ocio...
- ENR. No; el mundo entero hoy en día
á una boda cual la mia,
llama siempre un buen negocio...
- GUT. Tú y todos cuantos buskais
como única salvacion
un millon, y otro millon,
y hasta el crimen perdonais,
y á la virtud llamais yerro,
no conoceis el decoro.
Créeme; el becerro de oro,
aunque de oro, es un becerro!
- ENR. No oye usted siempre decir,
cuando uno tiene un empleo
gordo, y no hace nada feo,
y vuelve pobre á vivir...
«qué bárbaro!» qué animal!»
eso ya no está de moda!»
¡no metió mano! ¡Esa es toda
la opinion universal!
El oro todo lo iguala...
es el mundo... y no le ofendo...
- GUT. Pues yo protesto, diciendo
siempre lo que dice Ayala...
«Si esa maldad tan cruel,
»si avaricia tan grosera
»fuera el mundo, yo tuviera
»vergüenza de estar en él!»

- ENR. Los hechos, terribles son,
y estos son verdad probada...
- GUT. Los hechos no prueban nada
á la luz de la razon...
- ENR. Hoy mis faltas se redimen
con un hecho consumado...
- GUT. Nada, un crimen tolerado
no deja de ser un crimen!...
El que al mal se precipita
y por mal camino adquiere,
aunque el mundo le tolere
y la sociedad le admita,
siempre irá del mal en pos
como apóstol de maldad,
á la luz de la verdad
y á la mirada de Dios!
- ENR. No sea usted más cruel
y deje usted á mi afan
que lleve á cabo su plan.
- GUT. Bien.
- AMALIA. (Saliendo con rapidez por la derecha.)
Padrino!
- ENR. (Retrocediendo.) ¡Amalia!
- AMALIA. (Procurando contener su alegre emoción.) (Él!)

ESCENA VII.

AMALIA, GUTIERREZ, ENRIQUE.

- ENR. (Á Gutierrez.)
¡Cómo! ¡Su ahijada!
- GUT. (Señalando á Amalia.) Esa era.
- ENR. (¡Y qué viene á hacer aquí!
¿Conoce á Soledad?)
(Amalia permanece inmóvil con la vista baja y la
mano en el corazon.)
- GUT. (Ap. á Enrique.) (Sí:
es su amiga y compañera.
Tres meses me la he llevado
á mis tierras de Segovia.
No dirá nada á tu novia:
puedes estar descuidado.

- ENR. ¡Cómo! ¿Pero usted sabia?...
GUT. ¿Vuestro amor? Me lo contó.
Pero eso ya terminó.
Ni te conoce hoy en día.)
- ENR. (¡Qué he hecho yo! ¡Ni aun sé mirarla!)
- AMALIA. (¡Nada! (Ap. con ansiedad á Gutierrez.)
GUT. (Ap. á Amalia.) Su alma está enferma.
Despiértala, tal vez duerma.)
- ENR. ¡Cómo! ¿Qué hace usted?
(Viendo que Gutierrez se va.)
- GUT. Dejarla.
(Á Amalia.) Mi sobrino te dará
los detalles de su union.
(Si hay algo en su corazon,
el amor le salvará.)
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

AMALIA, ENRIQUE. Pausa.

- AMALIA. (Adelantándose al proscenio.)
¿Va usted á casarse?
- ENR. (Con violencia.) Sí.
- AMALIA. (Procurando sonreirse.)
¿La quiere usted mucho?
- ENR. (Con gravedad.) No.
- AMALIA. (¡Ah!) (Reprimiendo un grito de alegría.)
- ENR. (Con tristeza.) La mujer que amé yo
un tiempo, no es para mí. (Pausa.)
¿Conque es usted de mi tío
ahijada? No lo sabia.
- AMALIA. Como usted siempre tenia
para él cierto desvío,
y por dos años ó tres
nunca á sus puertas llegó,
ignoraba usted que yo
estaba en su casa.
- ENR. Eso es!
¿Me conocia usted ya
ántes de que la encontrara
y la siguiera y la hablara?

- ¿Es cierto, Amalia?
- AMALIA. Quizá!
- ENR. Por eso quiso mi tío
favorecer nuestro amor.
- AMALIA. ¡Quién sabe!
- ENR. (Con intencion.) Entónces mi error
no fué solamente mio!
- AMALIA. ¿Por qué?
- ENR. Porque ustedes dos
no recorrieron mi venda.
AMALIA. Esperábamos su enmienda
de la voluntad de Dios.
Sabiedo usted quien yo era
y que su tío queria
darnos algo, si algun dia
era yo su compañera,
viviera usted en el ocio,
ya que tanto le acomoda,
y para usted nuestra boda
se convertia en negocio.
Yo ambicionaba algo más,
pues aunque nada poseo,
sin amor yo no deseo
casarme, Enrique, jamás.
- ENR. Era un plan bien combinado!
- AMALIA. ¡Ó un cariño verdadero
que ya murió, y que no espero
que vuelva á ser recordado!
(Conmovida, pero dominándose.)
- ENR. (Con emocion y acercándose á Amalia)
Y si á impulsos del destino
el hombre vacila y cede,
¿qué, retroceder no puede
á la mitad del camino?
- AMALIA. (Con entonacion sentida, pero sin amaneramiento ni
tono dogmático.)
Dos sendas hay en la vida
que de igual sitio arrancando,
siempre se van separando
de su punto de partida.
La una esplendida y brillante,
la otra ignorada y modesta,

rica aquella, humilde esta
se ofrecen al caminante.

Quien la primera recorre
en agitacion ardiente,
por su rápida corriente
desalentado corre.

Quien por la segunda avanza
despacio busca el destino,
que es cuesta arriba el camino
y está lejos la esperanza.

Fácil es desde la mia
retroceder, que es molesta;
pero el que baja la cuesta
mal contenerse podría.

Si usted prefirió bajar
y yo subo eternamente,
ya ve usted, difícilmente
nos podemos encontrar.

ENR.

(Conmovido á pesar suyo.)

¿Quién le ha dado á usted ese acento
tan puro, tan persuasivo,
que llega al mundo en que vivo
á encender mi pensamiento?

(Dominándose y recobrando su frialdad.)

Por fortuna, mi razon
ha aprendido lo bastante
en la práctica constante
de la civilizacion,
para saber que el que vive
en la region ideal,
pasa la vida muy mal
y nada en cambio recibe.

¡Es bella la teoria
de un bienestar limitado,
y en cien tonos la ha cantado
la celestial poesía;
pero hoy que hasta esta se emplea
en burlarse en son sangriento
del alma, del sentimiento,
y de lo mismo que crea;
hoy que la caricatura
nos pinta al celeste Apolo

harapiento, triste y solo,
con la lira á la cintura;
hoy que poetas y pintores,
con musa alegre y extraña,
llenan de telas de araña
el país de los amores,
y no hay en la tierra un vivo,
por mucho que sienta y llore,
que de rodillas no adore
al dios de la positivo,
su descripción de la vida
ni es nueva ni convincente:
á una sociedad creyente
con la fe se la convida;
á una sociedad gastada,
que marcha á su ruina cierta,
como usted no la divierta (Con sarcasmo.)
no la conmueve con nada.

AMALIA. (Con tristeza.)

Si de la vieja virtud
soy yo creyente y amante,
usté es el representante
de la nueva juventud.
Su carácter indeciso,
su inconstante pensamiento,
le hace vagar descontento
del Infierno al Paraiso;
y es su vida tormentosa
que ya el bien ó el mal presagia...
una comedia de magia
mitad verso, mitad prosa.
Ya vence su corazon;
ya habla su cabeza luégo:
lo mismo; ¡juego tras juego,
y telon tras de telon!
Adios, Enrique. (Con resolucion amarga.)

ENR. (Reflexionando.) No tal.

AMALIA. Acabe usted bien su historia,
y haga que sea de gloria
la decoracion final.

ENR. ¡Oh! ¡Basta de duda impía!
Hay algo aqui. (Señalando al corazon.)

- AMALIA. (Con incredulidad.) ¡Callará!
ENR. ¡En tí la ventura está,
voy tras la ventura mía!
(La estrecha la mano y sale con rapidez por el foro.)
AMALIA. ¡Oh! ¡Al fin!...
(Sin poder dominar su alegre satisfacción.)

ESCENA IX.

AMALIA, SOLEDAD y DOÑA SABINA por la izquierda.

- SABINA. (Á Amalia.) ¿Qué haces aquí sola?
AMALIA. (Con fingida indiferencia.)
Esperar á mi padrino.
SABINA. (Mirando por todas partes la escena.)
¡Desde que mi yerno vino
anda escapado!—¡Hola, hola!
Pues como dé en esa gracia,
puede quedarse soltero;
para pescar el dinero
debe ir con más eficacia.
AMALIA. (¡Qué vergüenza!)
SOLEDAD. Al fin y al cabo
ya le veré con exceso.
AMALIA. ¿No le amas? (Con interés.)
SOLEDAD. (Con desden.) ¡Quién piensa en eso
ahora!
AMALIA. (Con extrañeza.) ¡Tu calma alabo!
¿Y te casas sin amor? (Con intención.)
SOLEDAD. (Con ironía.)
¿Quién se casa hoy de otro modo?
¡El dote lo puede todo,
pero el cariño!...
AMALIA. (Reflexionando.) (¡Qué horror!)
SABINA. (Con una salida de tono brusco.)
¡Pero es cierto que su tío
no le da nada? (Á Amalia.)
AMALIA. (Sorprendida.) No sé...
SABINA. Yo se lo preguntaré.
CRIADO. (Anunciando desde la puerta del foro.)
El escribano.

AMALIA. (Turbándose.) ¡Dios mío!
(Se apoya en el sillón que tiene al lado.)

ESCENA X.

DICHAS, el ESCRIBANO vestido de negro y con un rollo de papeles, entra por el foro y se coloca en una mesa en segundo término. Detrás de él entran CARLOS y D. MÁRCOS. El primero se coloca poco á poco cerca de Amalia. El segundo queda en el extremo opuesto. Poco despues, GUTIERREZ por la izquierda sin que se note su entrada, hasta que lo marque el diálogo.

SOLEDAD. ¿Qué tienes? (A Amalia al ver su turbacion.)

AMALIA. (Disimulando.) Nada.

SOLEDAD. (Observándola.) Creí.

MÁRCOS. ¿Conque ha llegado la hora?

SABINA. (Acercándose con Soledad á la mesa del Escribano, y mirando por todas partes.)

¿Á dónde está ese hombre ahora?

CARLOS. Adios, Amalia.

(Dándole la mano afectuosamente. Ella le saluda en silencio; él la observa.)

AMALIA. (¡Ay de mí!

Cuanto hice por olvidarle
fué inútil! ¿De qué ha servido
lo que en silencio he sufrido,
si no consigo salvarle!)

(Sabina y Soledad miran á Amalia.)

CARLOS. (Á Amalia con rapidez y disimulo.)

(La están á usted observando!)

AMALIA. (Ap. á Carlos, dándole la mano.)

(¡Gracias, usted es leal!)

CARLOS. (Retirándose al lado de D. Márcos.)

(¡Pobre chica! ¡Qué animal
es el hombre... mejorando...)

(Señalándose á sí mismo. En este momento entra Gutierrez.)

SABINA. (Á Gutierrez desde el segundo término.)

¿Viene usted solo?

GUT. ¿Yo? Sí.

SABINA. ¿Y su sobrino?

- GUT. No sé...
- SABINA. ¡Pues tiene esto chiste!
(Dirigiéndose á mirar por el foro.)
- GUT. (Acercándose á Amalia, con ansiedad é interés.)
(¡Qué!)
- AMALIA. (¡Dudo si le convencí!)
- GUT. (¡Valor! No fies en él.)
- MARCOS. Pater... (Rezando en voz baja.)
- CARLOS. (Á D. Márcos. ¿Qué hace usted!
- MARCOS Rezar
por el muerto.
- SABINA. (Con gran impaciencia.) ¡Qué tardar!
(Enrique aparece por el foro.)
¡Vamos! Aquí está el doncel.

ESCENA XI.

DICHOS y ENRIQUE.

- SABINA. ¿Sabe usted que está bonito!
(Bajando con él al proscenio. Enrique queda en el centro de la escena, Amalia permanece toda ella con los ojos bajos.)
- SOLEDAD. (Mamá! ¡Que hay gente delante!
- SABINA. ¡Vaya una prisa de amante!
- ENR. (Con frialdad.) Señora, siento infinito...
- SABINA. Bien, bien... señor escribano...
- ESCRIB. Señora mía...
- SABINA. Quisiera...
que usted bien alto, leyera
el documento.
- ENR. Es en vano.
- AMALIA. (¡Ah!) (Conteniendo su alegría.)
- SABINA. ¿Qué es en vano? No tal.
Vendrá el de la Vicaría
despues, y yo ántes querria
firmar la carta dotal.
Ademas, aquí el señor, (Por Gutierrez.)
tio de mi hijo futuro,
no dejará... de seguro
de portarse algo mejor.
- ENR. (Fuera un escándalo ya...

- el conde!... los convidados...)
- SOLEDAD. (Pero no están apuntados los diez mil duros, mamá?)
- GUT. Yo de mi escasa fortuna de desmembrar no hallo modo...
- SABINA. Pues bien, lo daremos todo. No me hace falta ninguna. Tendrá de sobra. ¡Á leer!
- CARLOS. ¡Vamos! Hay, sin remision, que abrir una suscripción para ahorcar á esta mujer!
- ENR. ¡Basta, señora!
(Doña Sabina le hace seña para que calle y otra al escribano para que empiece á leer.)
- ESCRIB. (Leyendo.) Ante mí...
- SABINA. Omita usted por favor las cláusulas de rigor.
- ESCRIB. Entónces el final...
- SABINA. Sí.
- ESCRIB. (Leyendo.) «Número ocho.—Se constituyen ocho millones de reales vellon nominales en papel de la deuda pública del tres por ciento consolidado que hacen doscientos cuarenta mil reales de renta anual, y cuya carta de pago de la Caja de Depósitos, va adjunta. Número nueve. Se constituyen la cantidad de diez mil duros entregados en el acto al don Enrique Gutierrez, por via de adelanto y sin calidad de reintegro.»
(Movimiento de sorpresa en todos.)
«Número diez.»
- SABINA. (Interrumpiéndole.) Los regalos, entre los cuales están el Clarens y el Char-avant.
- MARCOS. (Si se casara uno á palos!) (Ap. á Carlos.)
- SABINA. Y como esta casa es mia y sin más hijas me encuentro, será usted su dueño, dentro de unos años...
- CARLOS. (Ap. á Marcos.) (Esa harpía hace el papel de serpiente!)
- SABINA. Y ya que su señor tío

- nada da, basta lo mio
para estar decentemente.
- CRIADO. (Anunciando.) El Conde el Arenal!
- SOLEDAD. Mi padrino! (Se levanta y corre á su encuentro; aparece en el foro el Conde, que será uno de los convidados del acto primero con los demas. Doña Sabina se acerca tambien. Murmullos en el foro.)
- CARLOS. (Mirando á Enrique.) (Oh! tentacion!...)
- GUT. (Nada!) (Mirando á Enrique.)
- AMALIA. (Calla! corazon!...)
- SABINA. Vamos, yerno. (Acercándose á la mesa con el Conde y los demas)
- ENR. (Como si despertara de un sueño, se acerca á la mesa y firma con ademán resuelto. El Conde le abraza. Los demas le dan la mano.)
- GUT. (Venció el mal!...)
- AMALIA. (Ah!...) (Con desaliento.)
- GUT. (Que mirándote están!...)
- AMALIA. (¡Es posible?)
- GUT. (No te asombres!)
- CARLOS. (Qué cosas hacen los hombres por un pedazo de pan!)
- GUT. y AMALIA. Adios!... (Retirándose por la izquierda.)
- MARCOS. Que lo pases bien! (Á Enrique.)
- CONV. Qué buen negocio!
- OTRO. Qué suerte!...
- MARCOS. (Ya está condenado á muerte!...)
- CARLOS. (*Requiescat in pace. Amen!*)

(Todo este final con gran rapidez y animacion. Siguen alrededor de la mesa los plácemes y abrazos. Antes de salir Gutierrez y Amalia por la derecha y D. Marcos y Carlos por el forc, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion regularmente arreglada en Segovia.— Ven-
tana á la derecha, por la que se ve el campo.—
Puertas laterales y otra al foro.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, saliendo por la izquierda, y á poco JUANA, por la
derecha.

CÁRLOS. No hay que perder un momento...
llegó de la prueba el día.—
Juana!... dentro de una hora
está aquí!... Juana... esa chica,
adónde se habrá metido?...
Márcos es un gran espía,
no le habrá dejado á sol
ni á sombra en Madrid.—Juanita!

JUANA. Qué pasa? (Sale por el foro izquierda.)

CÁRLOS. Corre...

JUANA. Ya corro.

CÁRLOS. En dónde estabas metida?...

JUANA. Vaya una curiosidad!...

CÁRLOS. Ya está aquí!...

JUANA. Dónde?... quién?

CÁRLOS. Chica,

si no oyes nunca, ni callas,

- no servirás en tu vida
para nada.
- JUANA. Pues yo creo
que no siendo así, serviría
para algo...
- CARLOS. Sí, lo que es eso...
pero esa no es cuenta mía.
- JUANA. Vaya, me gusta!...
- CARLOS. (Enseñándola una carta.) Aquí tienes...
- JUANA. Y qué es eso?... una misiva!...
de quién? ya! de don Enrique?
- CARLOS. No tal!...
- JUANA. Entónces...
- CARLOS. Te obstinas
en interrumpirme...
- JUANA. Vamos,
don Carlos, hable usted aprisa,
porque si no... no lo puedo
remediar, ¡es mi manía!
si en una conversacion
me hacen pausas ¡soy perdida!
tomo la palabra, y sola
acabo yo la entrevista...
- CARLOS. Conozco el método!... Viene...
- JUANA. Cuándo!
- CARLOS. Hoy mismo.
- JUANA. (Llamando) Señorita?
- CARLOS. Calla, demonio!
- JUANA. Yo quiero
avisarla... tantos días
esperando!...
- CARLOS. Ven acá...
en esta carta me afirman
que anoche en el tren correo
salió de Madrid...
- JUANA. No implica
eso... ya estoy deseando
dar á todos la noticia...
- CARLOS. Si fueras Juan y no Juana
te daba un... (Amenazándola.)
- JUANA. ¿Por qué se obstina
usted en que calle?...

están ustedes... por viñas
y olivares... siempre alegres...
felicés...

CARLOS. Ve que te olvidas...

JUANA. Ah! sí... el tío está furioso...
si se le nombra arde en ira,
y los quiere á ustedes dos
con delirio...

CARLOS. No es mentira
nada de eso... mas conviene
exagerarlo... una tinta
fuerte... algunas reticencias...

JUANA. Comprendido ahora...

CARLOS. La avisas
con tacto... yo voy á ver
si le veo á la subida
de la cuesta... sin que pueda
él verme... ah!... convendría...
que avisaras á Gutierrez.

JUANA. El!...

CARLOS. Espera...

ESCENA II.

DICHOS, GUTIERREZ.

GUT. Buenos días...

CARLOS. Al fin...

GUT. Cómo...

CARLOS. El mismo Márcos

en su carta me lo afirma...

Lea usted. (Entregándole la carta.)

GUT. «Amigo... etcétera...

»Conforme con sus deseos, he ocultado á
»Enrique su residencia de ustedes, dándole
»sin embargo á entender que hace cinco
»meses, y al día siguiente de firmarse su
»contrato de boda, se despidieron ustedes
»para Segovia. Él se ha quejado de no ha-
»ber recibido contestación á ninguna de las
»cartas que los ha escrito desde París, y
»parece, á juzgar por su exterior, que está

»triste y arrepentido de cuanto ha hecho.
»Le conté la enfermedad de Amalia, y seguí
»para pintar su alivio, las instrucciones de
»ustedes. Hoy mismo sale para esa en el
»tren correo y mañana le tendrán ustedes á
»su lado. Siempre...»
Entónces...

CARLOS. Ni media hora
puede tardar... Tú, Juanita,
de la carta que has oído,
ni una palabra...

GUT. Te obligas
á callar...

JUANA. Ya lo sé...

GUT. Á ella
tampoco...

JUANA. Ya... que no diga...

Yo no soy para estas cosas...
Pero al ménos convendría
que supiera su llegada...

GUT. No; todo lo más, la indicas
que el día ménos pensado...

JUANA. Pillarla desprevenida...

GUT. Es mejor... su turbacion...
al mirarle aquí... su misma
sorpresa... ya desde luego
explicaciones evita...

JUANA. Como es tan impresionable...

GUT. Tú estás delante... y explicas
su turbacion, de manera...

JUANA. Ya... yo le doy la noticia...
mal golpe es...

GUT. Mejor que Amalia
lo harás...

JUANA. Gracias.

CARLOS. Tú eres lista
si las hay... si ella al mirar
el mal efecto... vacila...
te despachas á tu gusto
y tomas la taravilla...
ya se irán por no escucharte.

JUANA. Muchas gracias!...

- GUT. Cada día
es usted más acreedor
á mi afecto...
- CARLOS. Bah!
- GUT. La dicha
Amalia y yo le debemos,
y eso, Cárlos, no se olvida!
- CARLOS. Vamos á verle llegar...
Valor todos... osadía.
Juana!...
- JUANA. Jamás me ha faltado;
sí, pues bonita es la niña!
- CARLOS. Ya se ve que sí!
- JUANA. (Buen tuno
está el señorito!...)
- GUT. (Á Cárlos.) ¡El día
llegó que tanto temíamos!
- CARLOS. Pues salgamos de él aprisa,
y Dios hará lo demas,
ya que al cabo nos le envia.

ESCENA III.

JUANA.

Lástima es emplear tantos
repulgos y tan continúa
ansiedad para un sujeto
de tan pocas simpatías.
Lo que es yo... queriendo á un hombre,
aunque me volviera china
y fuera él el mejor mozo
de Madrid y su provincia,
habiéndome despreciado
por dos veces... ya podía
venir... no andaría yo
con temores... «Buenos días...
al fin te veo...» te veo
le diría yo en seguida...
estoy casada... y me va
muy bien... y hago á santa Rita
novenas para tener

muchos hijos... y me mima
y me obsequia mi marido...
Él «ingrata, me diría...
yo te adoro...» á buena hora...
«en tí está mi amor, mi dicha...
ven aquí...» y si se acercaba
y la mano me cogía...
del primer tirón... así
le arrancaba las patillas!

ESCENA IV.

DICHA, AMALIA.

- AMALIA. Estás aquí...
JUANA. Así parece!...
AMALIA. Ha habido carta?...
JUANA. De un día
á otro puede llegar...
AMALIA. Como don Márcos decía
en su anterior... que ya Enrique
estaba en Madrid...
JUANA. No hay prisa;
él vendrá á verlos á ustedes.
AMALIA. Ay, Juana!
JUANA. Qué hay, señorita?
AMALIA. Tiemblo sólo de pensar
en la primera entrevista...
JUANA. Pues ello hay que prepararse;
ya ve usted... el mejor día
se presenta de repente...
AMALIA. No tendrá valor!...
JUANA. Confían
en usted los dos. Don Cárlos,
que al principio no quería
correr el albur... al cabo
como Gutierrez opina...
y cuando el señor decide
una cosa...
AMALIA. Y tú confías...
JUANA. Yo... la verdad, siento y mucho
que piense usted todavía,

- á pesar suyo, en ese hombre.
- AMALIA. Yo no...
- JUANA. La mañana misma
que en su casa nos dejó
á la pared pegaditas,
le hubiera dicho al amor:
«hijo mio, desalquila,
aquí ya te han conocido,
mútis... busca otra inquilina.»
- AMALIA. Qué cosas tienes... (Se asoma á la ventana.)
- JUANA. Á mí!
ni el preste Juan de las Indias...
por bien, soy de miel, de azúcar,
pero por mal... de estrignina!
- AMALIA. Jesus!
- JUANA. Ya pareció aquello!
- AMALIA. No puede ser... no, mi vista
no me engaña. Juana, es él...
(Retirándose de la ventana.)
- JUANA. Mejor... ánimo...
- AMALIA. Te obstinas
en vano. Valor no tengo.
- JUANA. Pero si al cabo es precisa
la explicacion.
- AMALIA. Luégo... ahora
no puedo... me faltarian
palabras... háblale tú...
- JUANA. Pero...
- AMALIA. Adios!...
- JUANA. Ay, Virgen mia!...

ESCENA V.

ENRIQUE, JUANA.

- ENR. Era ella... no está... me ha visto
sin duda... Juana!
- JUANA. La misma...
muy servidora de usted.
(No se puede estar más fina.)
- ENR. No era Amalia... la que estaba...
- JUANA. Á esa ventana...
- ENR. Mi vista

- ha creído distinguir...
JUANA. Creo que la señorita,
no habrá reparado... tiene
mucho en qué pensar.
- ENR. Creía
sorprenderte mas.
- JUANA. Por qué?
ENR. Al verme...
JUANA. No tal...
ENR. Sabían
mi llegada?...
- JUANA. Ay, no señor!...
no hemos tenido noticia
de usted... hace cinco meses:
y así por la antipatia
con que escuchaban su nombre...
ENR. Qué?
JUANA. Cuando alguna vecinita
ó un amigo, preguntaba:
creo yo que la visita
de usted... no va á hacer efecto...
ENR. (Qué es esto? cuando se explica
así la doncella...) Está
mi tío?...
- JUANA. De la oficina
salió con el señorito...
ENR. Con quién?
JUANA. Con don Carlos. (Risa
me da su cara, verás
la que te espera...)
- ENR. No atina
mi razon ¿está don Carlos
aquí!
- JUANA. Pues dónde estaria,
sino en su casa...
ENR. No entiendo...
JUANA. Cuando cayó tan malita
doña Amalia... el fué su médico,
su enfermero... su botica...
su asistente... su consuelo,
su úmparo...
ENR. Sigues la misma...

- JUANA. En hablar? figura y génio!
ni de noche ni de día
la abandonó... la verdad,
por él sin duda está viva.
Ya...
- ENR.
- JUANA. Siguieron aquí juntos...
fué interesando á la niña...
ella se dejó querer,
por eso es de la familia.
- ENR. Cómo!
- JUANA. Se hace usted de nuevas?
- ENR. Te juro que no sabia
ni sé aún lo que me dices...
- JUANA. Aquí he de tener... arriba
la tengo en mi cuarto.
- ENR. El qué?
- JUANA. La papeleta... decia
de esta manera—«Don Carlos
de Mendoza, participa
á usted su efectuado enlace,
con doña Amalia...»
- ENR. Mentira!
- JUANA. tú quieres burlarte...
Yo!
- JUANA. con qué fin?... bueno estaria...
- ENR. Es imposible! Me engañas!
- JUANA. Juro á usted...
- ENR. Basta, ella misma
me dirá la verdad
- JUANA. Pero...
- ENR. Quiero verla...
- JUANA. Si se obstina
usté en entrar, le diré
que no es esa mi consigna...
- ENR. Cómo?...
- JUANA. No estando su esposo
no recibe ella visita...
- ENR. Oh! aparta...
- JUANA. (Le ha hecho un efecto
de dos mil demonios.)
(Se pone delante de la puerta.)
- ENR. ¡Ira

de Dios.—Estorbarme quieres...

JUANA. Yo!...

AMALIA. ¿Qué es esto? (Apareciendo en la puerta.)

JUANA. Señorita...

ESCENA VI.

ENRIQUE, JUANA, AMALIA.

ENR. Ah!

AMALIA. (Valor!...)

JUANA. Me ha atropellado.

AMALIA. Con qué derecho ó razon
entrar en mi habitacion
pretende usted obstinado?

ENR. Perdon, Amalia... no sé...
vine en casa de mi tío
y...

AMALIA. Pero este cuarto es mio...

ENR. Es verdad lo que escuché?

AMALIA. No turbe usted su reposo...

ENR. Yo no he podido olvidarla,
y he venido aquí á encontrarla
en los brazos de un esposo...

JUANA. No se habia de quedar
para monja...

AMALIA. Mi deber...

ENR. Puede acaso la mujer
tan fácilmente olvidar?...

JUANA. Como el hombre ó poco ménos,
dos dias de diferencia...

ENR. Es cierta esa indiferencia
de que están sus ojos llenos?

AMALIA. Y usted no es casado?...

ENR. Yo...

rompí mi enlace.

AMALIA. Y no ha hallado
otro más afortunado?

ENR. Leyó usted mi carta?

AMALIA. No!

ENR. Por qué?

AMALIA. Porque yo sabia

que en la impresion del momento
con un nuevo juramento
cariño me mentiria...
Porque al amor ó al desden
fácilmente se somete,
y no quise ser juguete
de un inconstante vaiven.
Y no sé con qué derecho
pretende usted ser oido
cuando ya he dado al olvido
todo el daño que me ha hecho!
(¡Bravo!)

JUANA.

ENR.

AMALIA.

Yo...

Si le amé un dia

ha hecho usted lo suficiente
para verme indiferente...
decir más le ofenderia...

ENR.

JUANA.

Amalia...
Basta, y ahora
le pedimos el favor
de que respete el honor
y el deber de una señora...

AMALIA.

Juana... (Vámonos de aquí
porque me falta valor...)

ENR.

AMALIA.

JUANA.

Oh!
No señor... yo la ví
casi de amor desmayada
en los brazos de su esposo,
en el momento dichoso
de contemplarse casada!

ENR.

Basta por Dios... y ese amigo
á quien mi pena escribia
en silencio me vendia...
él se entenderá conmigo...

AMALIA.

ENR.

Enrique, qué va usted á hacer...
Perdone usted... nada, al cabo...
Alejarme!...

CARLOS.

Aquí tú? bravo!...
pues no habia de volver...

ESCENA VII.

DICHOS, CARLOS.

- AMALIA. (No puedo más.)
JUANA. (Calma! y tino.)
ENR. Oh! mi mal furor contengo...
CARLOS. De dejar al tio vengo
en la mitad del camino.
Él te vió en la diligencia
llegar... esta y yo, hemos dicho,
el mejor dia, el capricho
le da de venir.
ENR. (Paciencia...)
CARLOS. Dispon que arreglen al punto
la sala de abajo...
ENR. No!...
CARLOS. Qué, piensas marcharte?
ENR. Oh!
en cuanto arregle un asunto...
AMALIA. (Pero...)
CARLOS. (No hay cuidado.)
AMALIA. (En vano
me tranquiliza... los dos...)
JUANA. (No hay miedo.)
AMALIA. Hasta luégo...
ENR. Adios!
AMALIA. Adios...
JUANA. Beso á usted la mano...

ESCENA VIII.

CÁRLOS, ENRIQUE.

- ENR. Luego es cierto?
CARLOS. No te entiendo...
Enrique.
ENR. ¿Quién lo creyera
de tu amistad verdadera...
CARLOS. Dime, pues, en qué te ofendo...
ENR. Oh! No turbaré el reposo.

del amigo que me engaña...

CARLOS. Pero qué es lo que te extraña?

ENR. Que eres tú de Amalia esposo!

CARLOS. Ah!... era eso... ¡Por Belcebú,

quién había de acertar

tu lenguaje singular!...

¿Pues no la dejaste tú?

¿Por dos veces no pagaste

con un desprecio su amor?

¿Por la senda de tu error

sin ella no te lanzaste?

Si tú al tirar tu ventura,

no viste que Amalia era

un ángel de fe sincera,

y una perla de hermosura.

De qué me acusas airado,

por qué tu pecho se enoja,

¿qué mal hay en que otro coja

la perla que tú has tirado?

Ahora, si tú ya pensabas

cambiar pronto de opinion,

y dar á tu corazon

el premio que le negabas,

debiste al ménos decir

cuando diste aquel mal paso,

«guardámela por si acaso

me quisiera arrepentir!...»

ENR. Mis cartas no has recibido?

Si yo en ellas te contaba,

que sólo en ella pensaba,

que ya estaba arrepentido,

que mi enlace proyectado

estaba por mí deshecho,

y que al camino derecho

me volvía avergonzado.

Legítima es mi querella,

y capciosa tu disculpa.

CARLOS. Pues bien, échanos la culpa

á tu tío, á mí y á ella.

Á tu tío, porque ya

en tu enmienda no creía,

y á caza te presumía

de otro gran dote quizá.
Á mí, porque tantas veces
me has dicho que en este mundo
sólo el dinero es fecundo,
y soborna almas y jueces,
y que tenerle anhelabas,
sin reparar en el modo,
y por conseguirle, todo
con gusto lo atropellabas,
que no creí que sujeta
á esa idea tu razon,
cambiara tu corazon,
como cambia una veleta.
Á ella, porque la mujer
es de vidrio, á no dudar,
y no se debe probar
si se puedé ó no romper,
por qué robaste su calma,
por qué cruel con ella fuiste,
y por qué cambiar quisiste
á peso de oro su alma.

Esta es, Enrique, la historia,
y si no te sabe bien,
recuerda... *fraile mosten...*
aquí paz y despues gloria.

ENR.

Ni tus frases me convencen,
ni tus burlas te tolero...
dí mejor que el mundo entero
sólo aplaude á los que vencen.
Dí que mi pena y mi daño
indiferencia os inspira,
dí que el amor es mentira,
y que es la amistad engaño!
¡El amor! quién cree en él?
dónde su constancia existe?
qué horribles pruebas resiste?
qué mujer hay siempre fiel?
¿qué amigo hay tan singular,
que renuncie á la que adora
su amigo, si ella en mal hora
quiere ir con él al altar?
Y qué mujer ha existido

de tan recto corazón,
que no cambie una pasión
eterna por un marido?
Basta ya! vivid los dos,
disculpando vuestros hechos,
alegres y satisfechos...
Adios, para siempre, adios...

CARLOS. Ven aquí...

GUT. Tú por mi casa...

ENR. Esto me faltaba ahora...

ESCENA IX.

DICHOS, GUTIERREZ.

GUT. Sabes tú ya...

CARLOS. Nada ignora...

de todo cuanto aquí pasa...

GUT. Y qué!

CARLOS. Con que á ustedes dejo.

Ustedes tendrán que hablar...

(Tendiéndole la mano.)

Qué? no me la quieres dar?...

ENR. Yo de tu lado me alejo

con la amarga convicción

de que me acusas en vano...

y no quiero dar la mano

á quien niego el corazón!...

CARLOS. Mucho la amas todavía...

ENR. Mucho más que imaginado...

Esa es la razón por que...

no me quedo aquí ni un día.

GUT. Quién había de pensar?...

que á ser rico renunciaras,

y que tan pronto tornaras

mi pobre casa á buscar?

ENR. No creyó mi corazón

encontrar aquí escondido

de una mujer el olvido

y de un hombre la traición!...

CARLOS. (Esto es fuerte, pero cierto!)

GUT. Déjanos un corto instante...

CARLOS. Ahí estará...
GUT. Ya adelante!...
ENR. (Yo no sé si estoy despierto!...)

ESCENA X.

GUTIERREZ, ENRIQUE.

ENR. Ay de mí!
GUT. Yo te creía
viajando por Europa...
ENR. He escrito á usted varias cartas.
GUT. No he recibido una sola...
ENR. Imposible...
GUT. Mejor dicho,
las he echado al fuego todas.
ENR. Por qué?
GUT. Nuestra despedida
elocuente cuanto corta,
habia por siempre roto
nuestra amistad cariñosa.
La última prueba fué dura,
no la recuerdes ahora.
ENR. En ellas perdon pedía
de mi vida borrascosa,
y á Amalia y á usted juraba
enmienda segura y pronta.
GUT. ¿Cómo habias renunciado
á la sed devoradora
del fausto y de la riqueza
adquirida á cualquier costa.
ENR. Cuando me ví sin ustedes
en presencia de mi novia,
cuando comprendí el abismo
donde mi avaricia sórdida
iba á lanzar de mi alma
la fe regeneradora,
fui renunciando al cabo
á deber mi suerte próspera
á un medio indigno... Vagué
arrepentido, y ahora
veo que al fin ha hecho,
lo que yo... lo que hacen todas

- las mujeres y los hombres
en esta época de prosa...
borrar del pecho un recuerdo,
ahogar del alma las locas
ilusiones y buscar
una posicion más cómoda.
- GUT. Tú la enseñastes el templo
dónde está el dios que tú adoras:
tú la dijiste que pobre
no podia ser dichosa,
que tú por ser millonario
la vas á dejar por otra...
¿qué extraño es que ella al mirar
que una iba á ser tu esposa,
haya admitido de otro hombre
una mano que la honra?...
- ENR. Yo no he llegado hasta el fin...
GUT. Tú has hecho lo que la tropa
israelita en el desierto,
segun la sagrada historia.
Olvidastes á tu Dios,
distes incienso y coronas
al becerro de oro, y luégo
que Moisés en santa cólera
hizo el ídolo pedazos,
con faz humilde y llorosa
dijiste: «Pues no hay becerro,
vuelvo á que mi Dios me acoja!
Y él los acogió...»
- ENR. Era Dios,
GUT. la mujer es otra cosa...
ENR. Él perdona siempre...
GUT. Él puede
esperar hora tras hora
y año tras año, la enmienda
del que le olvida ó le enoja;
pero los hombres mortales
no tienen tiempo de sobra,
y perdonan una vez,
tal vez dos... cuando perdonan...
la enmienda puede ser larga
y la vida siempre es corta!

- ENR. Es verdad... adios...
GUT. Qué intentas?...
ENR. Dejar á ustedes á solas
con su dicha.
GUT. Espera...
(Amalia aparece en la puerta.)
ENR. Amalia!...
(¡Oh, no me faltes ahora!)
(Poniéndose la mano en el corazón.)

ESCENA ÚLTIMA.

AMALIA y CÁRLOS á poco, GUTIERREZ, ENRIQUE, JUANA,
retirada.

- GUT. Enrique, segun parece,
nos deja otra vez...
CARLOS. Yo creo
que...
GUT. Es muy justo su deseo...
AMALIA. Si su aprobacion merece...
ENR. (Á Cárlos.)
Como creo que jamás
podrá encontrarse conmigo,
perdóname si la digo
dos palabras nada más...
Si alguna frase atrevida
escuchas, no tengas queja,
es de un alma que se aleja
la postrera despedida.
CARLOS. Oh! por mí puedes hablar...
ENR. Si algun día la ofendí,
si torpe y necio creí
que iba la dicha á encontrar
buscando con loco empeño
un mal soñado tesoro,
y por un puñado de oro
perdí el bien de ser su dueño;
si con necia ingratitud
su desinterés pagué,
y obcecado desprecié
su cariño y su virtud,
harto castigado estoy

- viéndola en aquellos brazos
con el alma hecha pedazos
cuando por siempre me voy.
Me trajo aquí mi pasión;
no tema usted que la ofenda...
yo la dejo aquí mi enmienda,
deme usted, pues, su perdón...
- AMALIA. Oh!...
- CARLOS. Entonces...
- GUT. Qué vas á hacer?...
- Despechado volverás
al error y buscarás...
- ENR. No tal; quiero merecer
su recuerdo y no su olvido,
y que diga al verme honrado;
«era un jóven obcecado
y no un hombre pervertido..
Y usted... á cuyos consejos
no dí el valor que tenían...
á ustedes, que me seguían
rezando por mí de lejos,
les ruego que siempre sigan
fijando en mí sus miradas,
y de mis faltas pasadas
me perdonen y bendigan!...
- AMALIA. Oh!
- JUANA. Sí... señor...
- CARLOS. Yo, jamás...
- AMALIA. Señor...
- ENR. Adios!...
- GUT. Si te empeñas...
- CARLOS. Eh! no me haga usted más señas...
ya no quiero callar más!...
Ven aquí... desventurado...
- GUT. Oh! un abrazo!...
- AMALIA. ¡Mil, señor!
- ENR. Pues?
- CARLOS. Mirame mejor,
tengo cara de casado?
- ENR. Qué!
- CARLOS. Ahí la tienes... tuya es...
- AMALIA. Me obligaba un juramento...

- GUT. Dudé en tu arrepentimiento.
ENR. Mia!... gracias... á sus piés.
GUT. En mis brazos...
JUANA. Señorita...
permite usted...
AMALIA. ¿Por qué no? (Abrazándola.)
CARLOS. El inventor no fui yo.
ENR. Oh! mi alma necesita
respirar!... muy dura ha sido
la leccion.
CARLOS. ¡Ea; á vivir!
mucho me costó fingir!
JUANA. Y á mi callar...
GUT. He querido
que pudieras conocer
que al bien hay que decidirse;
que hasta para arrepentirse
puede á veces tarde ser.
CARLOS. En tí esperamos los dos.
ENR. Oh! con qué os podré pagar!
CARLOS. Con ser feliz...
AMALIA. Con amar!
GUT. Y con bendecir á Dios.

FIN DE LA COMEDIA.

La segunda centenaria.
 La peor cuna.
 La choza del almadrano.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catans.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garán.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Lglorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbarano.
 María y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matall! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Proposít de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del Jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdicés, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convido al Coronel!...
 Quien mucho albarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid*).
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prucha plena.
 Sobresaltes de un marido.
 Si la mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, infanoso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod unes.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjur acion femencina.
 Un démine como hay pocos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en eusrte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarepa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 ¡Un marido cogido por los cable-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardidés y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Ceño y Flora.
 D. Sisebando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctriño.
 El ensayo de una ópera.
 El caesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En ceuta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Ebreños de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (*Música*).
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitán espanol.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sucho del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música*).
 Jacinto.
 La Hiera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el sugro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música*).
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estalpa encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loen de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música*).
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Mateo.
 Moreto. (*Música*).
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadiense muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie loque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marques.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol;
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Malaga.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Manila (Filipinas).</i>	J. G. Taboada y F. de
<i>Alicante.</i>	J. Gassart.	<i>Mataró.</i>	Mora.
<i>Almagro.</i>	V. Vicente Perez.	<i>Mondonedo.</i>	A. Olona.
<i>Almeida.</i>	M. Alvarez.	<i>Montilla.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Murcia.</i>	Viuda de Belgado.
<i>Antequera.</i>	I. A. de Palma.		D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.		T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andron.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Gorrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de	<i>Ortado.</i>	J. Martinez.
	Bartemus y I. Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
	J. Teixidor.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Bueta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	B. Montoya.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cábrera.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	G. Garcia.
<i>Calatayud.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carmona.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Carolina.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Cartagena.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldete.
<i>Castellón.</i>	L. Ocharán.	<i>Santúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Castroviales.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
<i>Ceuta.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Ciudad-Real.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Córdoba.</i>	M. Garcia Lovera.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
	J. Lago.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Coruña.</i>	M. Mariana.	<i>Soria.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Cuenca.</i>	J. Giull.	<i>Talavera de la Reina.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ecija.</i>	N. Taxonera.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Ferrol.</i>	M. Alegret.	<i>Tarragona.</i>	P. Veratón.
<i>Figueras.</i>	F. Dorca.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Gerona.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Gijón.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Granada.</i>	é Hijos de Zamora.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
	R. Ohana.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Guadalajara.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Habana.</i>	P. Quintana.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Haro.</i>	J. P. Osorno:	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J.
<i>Huelva.</i>	R. Guillen.		Mariana y Sanz.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Falladollid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Látiya.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Fich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>León.</i>	Miñon Hermano.	<i>Figo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lérida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	J. M. Caro.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño.</i>	P. Brieba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA é HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.